Naturaleza y memoria viva

Relatos para recordar Aysén

Conectando y curioseando con los imaginarios de Aysén, 2026

Equipo
Olivia Vergara Parra, Responsable del proyecto
Carolina Vega Hoebel, Profesional área educación
Marcela Salgado Vargas, Profesional participación ciudadana
Angela Merello Pecchi, Profesional educación patrimonial, ilustración y diseño

Colaboradores de la comunidad
Alicia Panichine Marimán (fecha de nacimiento (FN): 25 agosto 1959*)
Ana María Jiménez Almonacid (FN: 27 abril 1964*)
Graciela Mancilla Oyarzún (FN: 23 diciembre 1948*)
Luisa Llancalahuen Andrade (FN: 23 julio 1961*)
María Aumenia Chiguay Ovando (FN: 26 marzo 1950*)
Nury Rodríguez Stange (FN: 22 abril 1953*)
Pola Iris del Carmen Bustamante Bello (FN: 2 septiembre 1948*)
José Antonio Montiel Montiel (FN: 11 junio 1950*)
José Segundo Cofián González (FN: 4 abril 1947*)
José Isaías Delgado Naguelquín (FN: 11 mayo 1950*)
Armando Cifuentes Cifuentes (FN: 25 mayo 1941)
Francinete González López (FN: 1 noviembre 1941)
Isaías Olave Zapata (FN: 19 septiembre 1947)
Ismael Delgado Venegas (FN: 11 octubre 1946)
Lutgarda López Cadagán (FN: 25 abril 1971)
Margot Tapia Aparicio (FN: 10 agosto 1959)
Oscar Fontecha Chávez (FN: 15 agosto 1951)
Otilia Muñoz Vidal (FN: 25 agosto 1941)
Pedro Santana Cárcamo (FN: 2 septiembre 1951)
Rosa Cayún Cayún (FN: 25 mayo 1949)
Sonia Delgado Briones (FN: 6 junio 1954)
*Se destaca con asterisco a las personas que fueron entrevistadas

Diseño, diagramación e ilustraciones
Angela Merello Pecchi

Revisiones
- Tania Morgado
- Estudiantes de tercero básico del Colegio Santa Teresa de Puerto Aysén
- Personas entrevistadas: Alicia Panichine Marimán, Ana María Jiménez Almonacid, Graciela Mancilla Oyarzún, Luisa Llancalahuen Andrade, María Aumenia Chiguay Ovando, Nury Rodríguez Stange, Pola Iris del Carmen Bustamante Bello, José Antonio Montiel Montiel, José Segundo Cofián González, José Isaías Delgado Naguelquín.

Todos los derechos reservados, incluidos el diseño, ilustraciones y fotografías. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida sin mencionar al proyecto y su equipo. Primera edición 2026.
Proyecto financiado por el Fondo del Patrimonio Cultural, Concurso regional, en su línea Material didáctico sobre patrimonio cultural para la educación formal y no formal, convocatoria 2024.

Financia:

SERPAT
Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio
Gobierno de Chile

Colabora:

LICEO BICENTENARIO SANTA TERESA DE LOS ANDES
Museo Regional Aysén
Municipalidad de Aysén
Reinventaysén
Fundación San Vicente de Paul Chile
Facultad de Ciencias Ambientales Universidad de Concepción

Prólogo

Hay algo que la naturaleza de Aysén sabe y que los niños y niñas de hoy están a punto de re-descubrir.

Este libro nació de la escucha. Mujeres y hombres que llevan décadas habitando la región de Aysén abrieron su memoria y compartieron un tesoro que vive con ellos: el frío del agua al cruzar un estero a pie, el nombre de un pájaro que ya nadie nombra, el olor de la leña mojada en una cocina de campo, el miedo y la maravilla de un mar embravecido. Cada relato es un regalo hecho con palabras simples y verdaderas, de esas que sólo nacen cuando alguien ha vivido de verdad lo que cuenta.

De esas palabras surgieron las ilustraciones que acompañan estas páginas. Cada imagen es una traducción —del recuerdo al trazo, de la voz a los colores— para que puedas ver, aunque sea un poco, lo que ellos y ellas vieron cuando tenían tu edad.

Pero este libro no quiere que solo lo leas. Quiere que lo explores haciendo vivos sus contenidos.

Para cada historia encontrarás una actividad pensada especialmente para ti: juegos, desafíos, preguntas para hacerle a alguien grande, cosas para buscar afuera o para crear con tus propias manos. No hay respuestas correctas ni incorrectas. Hay exploración, movimiento y conversación.

Porque la memoria no se guarda solamente en los libros. Se guarda también en los cuerpos que corren, en los ojos que observan, en las manos que tocan la corteza de un árbol o el barro frío de una orilla. Cada vez que juegas a lo que nuestros adultos jugaron, cada vez que miras el cielo buscando lo que ellos buscaban, la memoria de Aysén pasa a vivir un poco dentro de ti.

Quienes prestaron sus recuerdos para este libro no te conocen, pero de alguna manera, al leer estas páginas, van a encontrarse contigo. Ojalá ese encuentro dure mucho.

Este libro fue posible gracias al financiamiento del Fondo del Patrimonio Cultural del Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio del Gobierno de Chile, cuyo compromiso con la memoria viva de nuestros territorios hace posibles proyectos como este. Agradecemos también, con especial cariño, al Colegio Santa Teresa de los Andes de Puerto Aysén y al Centro de Día San Vicente de Paul de Puerto Aysén, por abrir sus puertas y sus espacios para que estas actividades pudieran suceder. Extendemos nuestro reconocimiento al Museo Regional de Aysén, la Biblioteca Pública de Puerto Aysén y a la Facultad de Ciencias Ambientales de la Universidad de Concepción, por el valioso apoyo brindado a lo largo de este proyecto. Sin la generosidad de todas estas instituciones, los relatos que habitan estas páginas no habrían encontrado el lugar ni el calor necesarios para florecer.

Equipo del proyecto

Introducción

Aysén guarda en la voz de sus mayores un archivo vivo. No en estantes ni repositorios digitales, sino en la memoria del cuerpo: en las manos que alguna vez atraparon truchas en ríos helados, en los pies que recorrieron senderos de tierra antes de que existieran los caminos, en los ojos que aprendieron a leer el cielo para saber cuándo vendría la lluvia.

Este libro nació de la escucha. A través de talleres y entrevistas realizadas durante los años 2025 y 2026, un grupo de adultos mayores de la Región de Aysén abrió sus recuerdos y compartió algo que el tiempo moderno suele archivar en el olvido: la infancia vivida en relación profunda con la naturaleza. Sus relatos no son documentos históricos en el sentido frío de la palabra. Son texturas, olores, miedos y asombros; son la primera vez que vieron nevar con fuerza, el nombre del árbol bajo el cual jugaban, el sonido del viento en el valle antes de que llegara cualquier máquina a motor.

Este libro tiene dos lados que se llaman el uno al otro. Puede abrirse desde los relatos o desde las actividades, y en cualquiera de los dos casos se encontrará algo valioso. Los relatos pueden leerse solos, como lo que son: testimonios que merecen existir por sí mismos. Las actividades también pueden realizarse de manera independiente, con toda la riqueza que el juego trae consigo. Pero hay algo que ocurre cuando ambos lados se leen juntos, cuando las palabras de los mayores anteceden al juego de los más pequeños: las actividades cobran una dimensión distinta, se vuelven un eco, una respuesta, una forma de continuar una conversación que comenzó hace décadas en esta misma tierra. Los dos lados del cuadernillo se encuentran en su centro, donde un mapa reúne los lugares y prácticas que fueron apareciendo a lo largo del proyecto: una geografía viva, construida con la memoria de quienes aquí crecieron.

La primera parte de este libro reúne esos relatos tal como emergieron: con su cadencia propia, con sus silencios y sus detalles inesperados. Son voces que hablan desde una Patagonia interior, íntima, relatadas por sus protagonistas. Para acompañar esas palabras, ilustraciones nacidas de los propios relatos les dan forma visual: imágenes que no buscan decorar, sino habitar el mismo mundo que las voces describen.

La segunda parte propone un puente hacia el futuro. Inspiradas en esas memorias, una serie de actividades lúdicas invitan a niñas y niños a encontrarse con el pasado de su territorio a través del juego. Las ilustraciones que las acompañan continúan ese diálogo: convierten los recuerdos de los mayores en paisajes, personajes y escenas que los más pequeños pueden reconocer, imaginar y hacer propios. Porque la memoria no solo se transmite con palabras: también se transmite cuando el cuerpo repite gestos, cuando las manos tocan lo que las manos de antes tocaron, cuando el juego abre una puerta que la enseñanza formal muchas veces no alcanza a ver.

Este proyecto fue posible gracias al Fondo del Patrimonio Cultural del Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio del Gobierno de Chile. Sin embargo, su origen más profundo está en la generosidad de quienes decidieron recordar en voz alta, confiar sus infancias a este proyecto y regalarlas, así, a quienes vienen.

Lo que los y las lectores tienen entre manos no es solo un libro. Es una conversación entre generaciones. Es Aysén hablándose a sí mismo.

Indice

Recuerdos de una niña huilliche
por María Aumenia Chiguay Ovando
página 9

Aysén, siempre Aysén
por Pola Bustamante Bello
página 13

Disfrutemos lo que Dios nos regala
por José Antonio Montiel Montiel
página 25

Recuerdo para revivir
por Luisa Llancalahuen Andrade
página 29

Mi crianza en mi niñez
por Nury Rodríguez Stange
página 18

Mi infancia en la naturaleza
por Ana María Jiménez Almonacid
página 33

Revisando mi baúl
por Graciela Mancilla Oyarzún
página 19

Mis vivencias de niñez y trabajo
por José Delgado Naguelquín
página 23

Para vivir en Aysén hay que tener temple
por Alicia Erika Panichine Marimán
página 37

Me gustaría volver en el tiempo
por José Segundo Cofián González
página 41

El camino recorrido...

Los relatos que componen esta parte del libro nacieron de un ejercicio sencillo y profundo a la vez: sentarse, mirar una imagen y dejar que la memoria hiciera su trabajo.

En Puerto Aysén, un grupo de adultos mayores se reunió en torno a fotografías y láminas que evocaban paisajes, infancias, remedios de campo y juegos olvidados. No se les pidió que respondieran preguntas ni que siguieran un guión. Se les ofreció, en cambio, un espacio para que los recuerdos afloraran a su propio ritmo: desordenados, fragmentados, vivos. Así comenzó un proceso que no terminaría en ese primer encuentro.

Tras el taller, se realizaron entrevistas individuales para seguir explorando, con más calma y mayor profundidad, la relación que cada uno/a había construido con la naturaleza a lo largo de su vida. Los ríos que conocieron de niños y niñas, las plantas que sus madres y abuelas usaban para curar, los animales que acompañaron su crianza, los juegos que inventaban. Todo eso que suele vivir solo en la memoria privada comenzó a tomar forma en los textos.

Los relatos resultantes fueron editados con cuidado —buscando conservar la voz y el ritmo de quien habla, no reemplazarlos— y luego devueltos a sus protagonistas en un segundo taller. Allí, cada persona tuvo la oportunidad de leerlos, corregirlos y reconocerse en ellos. Ese gesto no es menor: garantiza que estas historias no sean interpretaciones ajenas, sino testimonios propios.

Cada relato va acompañado de una ilustración que busca habitar el mismo espacio que las palabras: el de la imagen que persiste, la escena que no se olvida del todo, aunque pasen los años.

Lo que los y las lectores/as encontrarán en las páginas siguientes no es historia oficial ni dato de archivo. Es algo más difícil de conservar: la memoria viva de personas que crecieron en una relación cotidiana e íntima con la naturaleza de Aysén, y que tuvieron la generosidad de compartirla.

Recuerdos de una niña huilliche

María Aumenia Chiguay Ovando

Yo nací en Melinka en el año 1950, pero cuando tenía 8 años nos fuimos en chalupa a vela y remo a Puerto Aguirre. En esos años no había motores. La chalupa es parecida a un bote, pero tiene dos proas, dos puntas. Pasamos casi debajo de las olas del canal Moraleda. El cruce del canal lo recuerdo con harto miedo, pero el resto, fue pura felicidad. En las tres chalupas iban mi abuelo con toda nuestra familia y entre los primos, jugábamos, mariscábamos, y cocinábamos mariscos a las brasas. Nos demoramos alrededor de 15 a 20 días. Cuando capeábamos temporales, buscábamos puertos y nos quedábamos en una carpita, en el bote.

Melinka era muy linda. Nosotros vivíamos donde atracaba la barcaza, en ese muelle, pero mis abuelos me llevaron a vivir con ellos, en la puntilla donde ahora está la Gobernación Marítima. ¡Qué hermoso recuerdo! Jugábamos a las comiditas y a buscar piedras bonitas en la playa. Me acuerdo de que acompañaba a mi abuelo a reparar las chalupas, porque en ese tiempo las estopaban, las alquitranaban y hacían todas esas cosas.

La crianza en la isla era muy tranquila y nunca faltaba nada para comer, jamás. Porque mariscábamos, pescábamos e íbamos "a los huevos", que se hervían y se comían para el desayuno. La temporada de los huevos era cuando las gaviotas ponían. Cuando no había carne, íbamos con mi abuelo a cazar aves como los *panchillos* o los liles, aves que se podían comer, porque no todas las aves se pueden comer. Igual que los peces: también hay algunos que no se pueden comer. Existen varias cosas que no se pueden simplemente recoger y comer.

Cuando nos fuimos a Aguirre fue una vida de tristeza mientras nos acostumbramos. Fue una vida muy difícil, porque creo que Aguirre es más feo que Melinka. En Melinka, donde estaba la salida del Corcovado, la gente era más unida, cercana y servicial. En esos tiempos se trabajaba en la ostra, la marisca, las pieles y la madera. Había mucha vida. En cambio, en Aguirre no había tanto; nos costó mucho.

Estudié en la escuela de Caleta Andrade, que en esos años tenía dos piececitas, dos casitas chiquititas. Aún así, felices jugábamos a la pelota, a los quemados y a la ronda. Frente a la escuela, donde ahora hay cemento, había pura pampa, bien bonita; era nuestro patio para jugar. Había como un alto y me acuerdo de que bajábamos rodando, tanto hombres como mujeres.

Después de la escuela, y antes de que oscureciera, había que llegar a hacer las tareas de la casa, como llenar los tiestos de agua en el pozo —porque no había agua potable— y entrar la leña. Porque en la noche no se podía salir: no había luz eléctrica y estaba todo oscuro. También hacíamos la tarea de la escuela. Y después de todo eso, nos lavábamos las manos y los pies para cenar y acostarnos.

Mi abuelo decía que yo tenía que aprender las cuatro operaciones. Cuando me mandaban a aprender tejido o bordado, mi abuelo los pillaba, e iba a hablar directamente con la profesora. Le decía: —Señorita, yo mandé a mi hija aquí a estudiar las cuatro operaciones, no a hacer esos tejidos. Mi abuelo trabajaba "las cholgas secas" y "la pesca"; pero, cuando llegaba todas las tardes, revisaba mis cuadernos y me decía: —Tú tienes que aprender a leer perfectamente, como se debe leer un libro. Tienes que ir captando lo que te está diciendo, quiénes son las personas que te están hablando, dónde ocurren las cosas y en qué lugar.

Mi abuelo era un lector empedernido. Tenía una pequeña biblioteca en la casa. Por eso, desde chica siempre me gustó la lectura: él me motivaba. Todos los nietos nos sentábamos con mi abuelo a

escuchar sus historias y sus cuentos antes de quedarnos dormidos. Como no había tele ni radio, disfrutaba mucho cuando leía un libro.

Yo vivía con mis abuelos en Aguirre e iba y venía a Aysén porque mis padres vivían acá. En ese tiempo llegaba el barco —el Trinidad o el Taitao— allá a Puerto Piedra, donde llegaban todos los barcos. No había locomoción colectiva en esos años, así que nos trepábamos en esos vehículos que traían carga para Aysén y Coyhaique y que nos pasaban a dejar por ahí.

El verano igual era lindo; estaban muy marcadas las estaciones. Había unos calores inmensos. Yo casi siempre iba a Aguirre en verano, donde vivían mis abuelos. En esos años mi papá tenía un carretón a caballo; entonces hacía fletes de la ciudad al campo. Le llevaba sus compras a la gente desde el muelle del hospital, donde vendían mariscos, pescados y todo eso. En esos tiempos no había mucha plata, entonces siempre le pagaban con verduras, papas, leche y otras cosas. Él llevaba cosas al campo, pero igual volvía con hartas cosas más. Así vivía la gente antes. Mis papás vivían en ese tiempo en el sector de La Pedro, es decir, en la población Pedro Aguirre Cerda, en Aysén, cuando inauguraron el puente. Porque en esos años, para ir a Chacabuco, había que cruzar en la balsa. Allá estaban llegando algunos barcos, los más grandes.

En ese tiempo salían unos expresos de buses desde la calle Teniente Merino, que iban directo a Argentina; se llamaban *Chile-Argentina*. La gente compraba cosas allá; era todo como muy libre. No existía tanta aduana como ahora. Hubo un gobierno —no me acuerdo cuál— en que la gente salió a las calles a gritar que queríamos ser argentinos. Estuvimos muy botados: nadie nos hacía caso. Nadie sabía dónde estaba Aysén. No había nada que hacer acá. No había trabajo.

Cuando fue la inundación, mis padres estaban acá y yo en Aguirre. Yo quería venirme a acompañarlos, pero no me dejaron. A ellos no les pasó nada, porque dicen que quedaron como en una isla en La Pedro; pero la gente del centro, del sector de la Balsa, sí se inundó.

En esos tiempos, mi mamá fue a hablar al SERVIU para pedir permiso para sembrar esas tierras que estaban desocupadas, en calle Karlström, por ahí por donde está El Padrino, donde ahora hay una población. Le dieron permiso y sembraron papas, zanahorias, repollo y todas esas cosas. Cuando fue el golpe de Estado, no pasamos hambre porque ellos tenían siembra para pasar el año. Mi mamá tenía su invernadero en la casa, con árboles frutales. Ella, a pesar de que tenía tantos niños, no sé cómo tenía tiempo para guardar esas frutas. Las monjitas le enseñaron cómo guardarlas en frascos de vidrio, para hacer mermelada que durara un año sin echarse a perder. Recogía las manzanas, les pasaba hilos y hacía orejones. ¡Teníamos muchos orejones y todos teníamos que cooperar!. En invierno teníamos postre para comer, y hacía empanadas; no faltaba nada.

Mi mamá también tenía su jaula, con gallinas y patos. Nadie le decía nada, porque había mucha pampa. Donde está ahora la Escuela Ribera Sur era una laguna, y ahí se iban a bañar los patos y los gansos. Todo eso lo rellenaron. También había muchos árboles: mucho calafate y mucho cauchao. El calafate lo recolectábamos para hacer mermelada, hacer chicha y comerlo con harina tostada los domingos. También estaba lleno de cantarias; había muchísimas, y en las tardes andaban muchas volando. Pero ahora ya se fueron. Es rara la vez que uno pilla un bicho ahora.

En Melinka y Aguirre, mi abuela recolectaba esos hongos que les dicen *repollos del monte*, porque son como repollitos. Pero acá no se usaba; allá, por las islas, se comían todas esas cosas. También había muchas avellanas en Melinka, que cocíamos en un medio tambor en la playa y las llevábamos cociditas a la casa. Quedan blanditas.

El otro día me convidaron un poquito de dulce de murta, pero no tiene el sabor original de la murta. Yo me acordé del dulce de murta de mi mamá o de mi abuela, que lo hacían colado y era gelatinoso, como jalea de murta. Quedaba igual que cuando uno hace un almíbar de vino tinto, y no como el color café que queda ahora. Lo mismo pasa con el pescado: los asados que mi abuelo hacía de robalo a las brasas o de sierra no son los mismos que se comen ahora. Hoy el pescado es más desabrido; ya no tiene ese sabor rico.

Antes había mucho fruto silvestre, pero nadie pensaba en vender. Yo vengo de la raza huilliche. Los huilliches, los chonos, todos quienes vivían por los archipiélagos, no piensan en vender, porque son muy respetuosos con la naturaleza. Es más, mi abuelo decía que no había que romper los ganchos de los frutos, por lo que solamente se ponía una lona en el suelo y se sacudían los arbustos, como los de avellana o cauchao. No se dejaban los árboles pelados. Porque los pájaros también tenían que comer, y no podíamos dejar a las aves sin su comida.

Una de mis tías abuelas hacía remedios para la gente, pero ella no trabajaba mucho con la huerta; generalmente iba a recolectar al bosque y yo tenía que acompañarla. Había que levantarse a las seis de la mañana, antes de que se secaran las plantas, porque había que recogerlas con el rocío incluido.

A mí no me gustaba; no me di cuenta de que me iba a servir mucho hoy en día. Solo se recolecta lo que se va a ocupar, nada más. No a las tontas y a locas, porque si no, eso se llama depredar.

Ahora ya no se controla la depredación de las avellanas, ni de las murtas; ya casi no quedan. Calafates van quedando unos cuantos, porque los han depredado. Maquis, ni le digo. Y todos esos frutos silvestres que nos servían para mermelada, chicha y remedios. El calafate, decía mi abuela, era bueno porque tenía mucha vitamina C, para que uno no se resfriara ni tampoco se infectara. La hoja de maqui la usaban para bajar la presión; para la gente diabética y decía que servía también para el pulmón. La tepa sirve para la energía; es antibacteriana, pero hoy en día la están depredando para hacer tragos con la luma. Cuando nuestros tataranietos estén en este mundo, ya no van a tener nada más. Les van a quedar los puros recuerdos.

La gente antigua decía que acá, en la naturaleza, cuando Dios nos creó, nos creó con nuestros alimentos, con nuestra salud, con todo. Es más, nosotros no tenemos por qué enfermarnos ni buscar tanto remedio farmacéutico, porque en la naturaleza está todo lo que necesitamos, hasta las frutas silvestres. Yo les digo a las nuevas generaciones que sean respetuosos con la naturaleza, porque todos tenemos que disfrutar de ella. Que cuiden todos los bichos que hay, porque cada uno tiene su trabajito que hacer. Todos tienen su misión.

Aysén, siempre Aysén

Pola Iris del Carmen Bustamante Bello

Nací en Puerto Aysén, en el mes de septiembre. Mis padres son Alberto y María; mis hermanos, Elizabeth y Luis Alberto. Creo que sigo siendo profesora, a pesar de haber dejado las aulas hace catorce años. Siempre aparece el sello de profesora en la comuna y me conocen como la profe Pola. Siempre he vivido aquí, frente al humedal Las Ranas, en la misma casa. La casa era más chiquitita y fue creciendo a medida que había plata, pero tenía un tremendo patio, con cultivo y crianza de aves de corral.

Cuando era niña, recuerdo un Aysén bonito, natural, limpio y tranquilo. Los vecinos eran gente muy buena y generosa. Como familia cuidábamos mucho el espacio donde vivíamos; nos enseñaron a cuidar el entorno. Por lo menos, este sitio de la esquina estaba siempre limpiecito; había que mantenerlo. Esta acción tenía su premio para la víspera de Navidad, pues pasaba el Viejito Pascuero y dejaba un presente humilde, que abrigaba el corazón y era bien recibido por nosotros.

En esa época había menos gente; éramos menos niños. Todos los niños de la cuadra nos juntábamos a jugar. El espacio de juegos iba desde la calle Michimalonco hasta la calle Caupolicán, donde está actualmente el Liceo San José. ¡Mira el montón, éramos hartos! La calle era el alma de los juegos. Jugábamos en la tarde, después de salir de la escuela. Jugábamos a la bocha, al clavo, a la payaya, a la famosa pichanga, al luche y a otros juegos. Teníamos la libertad absoluta del espacio.

Aquí no pasaba movilización; era como un campo, porque el terreno no estaba parejo. Había pasto y arbustos pequeños, como el chilco. No había ningún peligro y jugábamos hasta que oscurecía. No había luz eléctrica ni en los postes ni en las casas. Nos alumbrábamos con una lámpara pequeña o, simplemente, con velas.

Jugábamos hasta que los papás comenzaban a llamar: —¡Pola!...¡Licha!...¡Beto!.... Creo que era la mejor etapa de la vida; había espacio para la conversación, los juegos, el quererse y de no hacer daño; parecía que el daño no existía. Eso no se volverá a repetir nunca más. Puedo decir, sin equivocarme, que todo tiempo pasado fue mejor.

Mi lugar favorito era al frente de nuestra casa, pasando el humedal Las Ranas, y más allá cruzábamos el río. Para nosotros, los hermanos, era un lugar de paseo, porque los tres hermanos sabíamos remar. Salíamos a andar en bote y cruzábamos al otro lado. Había ranas en este sector y era hermoso escuchar su croar en el verano.

Mi papá también salía con nosotros, más que nada a buscar calafate y maqui en el verano. A nosotros nos dejaban salir también, pero no muy lejos. Buscábamos nalca para comer en el momento, pero muchos de los lugares que visitábamos ya no están. Por ejemplo, mi papi nos llevaba al cerro del agua potable; nos íbamos por el mallín, que es como una esponja sobre la que ibas pisando y sacando el pie. Era una turbera; eso me gustaría volver a verlo. Mi papi caminaba rápido y yo lo acompañaba a todas partes, a todo lo que era campo, en las buenas y las malas.

En casa se cultivaba. A cada uno de nosotros nos daban un espacio, que tenía forma rectangular. Mi papi nos daba semillas y plantas, y nosotros teníamos que cuidarlas. A mí me correspondía cultivar ajos, zanahorias, cebollas (ciboulettes) y lechugas. Cada hermano debía cuidar su plantación para, posteriormente, ver los resultados. Eso significaba sacar los pastitos,

regar oportunamente en verano, cuidar que los pájaros no entraran a picar, y hacer todas esas labores.

Después, quien quería vender parte de su pequeña producción estaba autorizado para salir a vender en el vecindario, pero teníamos que dejar una parte para el consumo de la familia. A mí no me gustaba salir a vender. Además de ese trabajo, me dediqué al cultivo de flores, como pensamientos, gladiolos, ilusiones y esa flor chiquitita que sirve como adorno para ramos más grandes.

También nos enseñaron a criar aves, y cada uno tenía su ave. Cuando la gallina tenía pollitos, por ejemplo, a cada uno nos daban un pollo. Mi casa era chiquitita y los pollos dormían debajo del piso: sacábamos una tabla y el pollo subía. Yo llamaba a mi pollo y se subía en mi falda; después se subía en mi hombro y le daba comida de mi mano. Y resulta que llegó el momento en que el pollo, que era gallo, hubo que comerlo... ¡era cazuela! Para mí eso fue muy traumático. Tremendo, ¡ay... terrible! Yo, hasta el día de hoy, no puedo comer aves de casa, de campo.

En esa época se compartía mucho con la gente mayor durante las tardes, especialmente entre los vecinos. Un ejemplo de esto era el saludo de los chicos del barrio en Navidad. Era algo muy sano: se preparaba un ponche de vino tinto con agua y frutillas, muy valiosas porque eran de nuestra huerta familiar, y se pasaba casa por casa saludando a los vecinos. Se conversaba sobre la llegada del Viejito Pascuero, que siempre llegaba con caramelos, porque que era lo más barato, al alcance de todos los bolsillos. A la visita se le servía un poquito de ponche; yo todavía tengo guardado un vasito chiquitito, casi como un dedal. Luego uno se despedía de los dueños de casa y pasaba a la casa siguiente, si es que había amigos.

Otro detalle que recuerdo es que el clima era muy diferente. Llovía mucho y, por esa razón, todos los años había inundaciones y crecida del río debido a la gran cantidad de lluvia. La nieve era otro fenómeno natural que preocupaba a los vecinos. En estas circunstancias aparecía el deseo de ayudar al otro: eran los primeros trabajos voluntarios que me marcaron para toda la vida.

Sacábamos la nieve de los techos para que no se vinieran abajo, limpiábamos las veredas, acarreábamos la leña que se sacaba del río, etcétera. Ahora eso no se hace; parece que a nadie le importa que estés sumido en la nieve. Durante la inundación de 1966, nosotros también ayudábamos a sacar palos y madera para el fuego. Éramos muy solidarios como jóvenes, y eso lo mantuvimos por mucho tiempo.

Siempre he estado preocupada de la naturaleza, la flora y la fauna, así como de la presencia de esas aves, que son tan hermosas: las golondrinas, que aparecen en el hemisferio sur a comienzos de la primavera. Ellas vienen a anidar y yo anotaba en el calendario: *¡Llegaron las golondrinas!* Son súper locas; la presencia de los gatos las aleja un poco de estos lados.

Los asiduos visitantes de la temporada de invierno eran los loros y los tordos, que bajan a la ciudad cuando no tienen alimento en su hábitat natural. La semana pasada, cuando hubo varios días buenos y no llovió, vi teros en el humedal, en una cantidad impresionante. Y hace unos tres días, iba saliendo de acá, en la tarde, y de repente vi dos pájaros negros: tremendos pájaros, una pareja. Eso me ha llamado la atención, porque he visto pájaros nuevos. Hace poquito, además, vi aquí al costado, en un ciruelo, dos pajaritos de pechito blanco que nunca los había visto. Son chiquititos y tienen su moñito. Yo les digo los *yikiyiki*; son unos chiquititos y hacen así: *yikiyiki*.

Mi mensaje para los niños y niñas es que cuiden la naturaleza, que la protejan. Primero hay que cuidar la naturaleza y después lo demás, porque, si no, el planeta está irremediablemente perdido. Yo lamento haber hecho pocas cosas. Por ejemplo, mi padre insistió en cuidar lo que tenemos acá, en un espacio que era prácticamente nuestro. Después de la inundación, plantamos árboles para evitar la erosión, y hubo un momento en que la modernidad echó todo por tierra. Hay que enseñarle a los niños y niñas que, por muy simple que sea lo que quieran hacer para proteger la naturaleza, lo hagan, pero que la cuiden de verdad. Si yo voy a plantar un árbol, debo preocuparme de las condiciones en que está ese árbol, no llegar y dejarlo.

Mi crianza en mi niñez

Nury Rodríguez Stange

Yo nací en Aysén, pero crecí en el campo, en compañía de mamá, porque no conocí a mi papá. Mi mamá, una joven de 22 años, vino desde Chamiza, en Puerto Montt. Mi abuelo, Juan Stange, era hijo de colonos alemanes de la colonización del sur de Chile. Mi mamá llegó sola a Aysén en el año 1946. Venía separada y aquí conoció a su segundo marido, con el que vivió los últimos años. Trabajaba en el campo todos los días, en el sector El Turbio. Yo viví hasta los 14 años en el campo.

No tuve muchos estudios porque, como crecimos en el campo, íbamos a la Escuela Gabriela Mistral. Le decían la escuela "Las Ranas" porque estaba en un Mallín y, durante la noche, las ranas croaban mucho. Del campo bajábamos a esa escuelita, que empezó con dos salas de clases y estaba rodeada de puro matorral. Con el tiempo, mi mamá se compró una casa en Eleuterio Ramírez. Era una casa grande, donde vivíamos muy cómodos. Estábamos súper bien ahí. Y ella dijo: —Se van a las monjas. Así que nos fuimos a las monjas. Yo siempre andaba a la siga de las monjitas y decían que parecía que a mí también se me había ocurrido ser monja.

Cuando tenía 14 años nos fuimos a Puerto Montt, y mi mamá me dijo que ya no podría seguir estudiando porque no había plata. Me dijo: —Vas a tener que buscar un trabajo, hija. Así fue como empecé a trabajar como camarera, en un hotel que se llama Su Casa. Con el tiempo me casé con mi marido, José y, con apenas nueve días de casados, nos fuimos a vivir a Puerto Aguirre.

En mi niñez, en el campo, jugábamos muy poco porque teníamos que ser muy responsables. Mi mamá salía a las seis de la mañana y volvía a las cuatro y media con los tachitos vacíos. Llegaba a encerrar los terneros, así que nosotros teníamos que hacer fuego. Si no teníamos fuego, ella se enojaba y se ponía brava.

Algunos días nosotros nos quedábamos en casa mientras mi mamá iba a vender los productos del campo y nos decía: —Se portan bien y no hagan comida. Tomábamos pura leche, porque nos dejaba una olla para nosotros. En esos tiempos jugábamos *a la visita*, porque no teníamos ni muñequita, ni pelota, nada. Entonces inventábamos roles. Por ejemplo, la Ximenita, mi hermana, era la guagüita de seis meses, y salíamos con la guagüita a dar una vuelta por la puerta hacia el fondo, golpeábamos, y decíamos: —¡Hola, vecina!. Y pasábamos adelante. Pasábamos horas jugando a ser mamás, hasta las cinco de la tarde. En esos tiempos los juegos eran dentro de la casa. Tomábamos mate con azúcar, y mi mami después decía: —¿Qué cosa le pasó a mi azucarera, que tiene tan poca azúcar?.

Una vez estuve enferma: me atoré con una espina grande de pescado que comimos en el campo, y mi mamá dijo: —¡Se va a morir!. Porque según ella estaba muy atorada. Me llevó al río, me pusieron con las dos manos pequeñas en el agua, me comenzó a golpear la espalda y ahí salió una espina grande.

Me acuerdo que en el campo se hablaba harto de los brujos. Lo recuerdo porque mi mamá una vez me contó que el abuelo tenía pesadillas. Estaba como dormido, iban a moverlo y le decían: —Abuelo, despierta. Porque había venido un brujo. Contaban que lo había seguido desde Chiloé. Nosotros teníamos una cocinita chiquitita, con una pequeña ventana, y afuera había un árbol grande. Nos decía: —Mira, allá está el brujo y me está brujeando. Y cosas así. Parecía como una luz que saltaba.

Mi mensaje para las nuevas generaciones es que deben aprovechar las oportunidades. Ahora los jóvenes, los niños, tienen muchas oportunidades para estudiar, no como nosotros, a quienes nos costó mucho. Aprovechen lo que les dan los papás.

Revisando mi baúl

Graciela Mancilla Oyarzún

Soy Graciela Mancilla Oyarzún, profesora de Educación Básica. Nací el año 1948, en Puerto Aysén, así que tengo 76 años. Estudié en la Escuela Normal de Ancud, ya que no había centros de estudios superiores en la región. Me fui a los 17 o 18 años, pero volví después de hacer mi práctica. Me enviaron a Puerto Ingeniero Ibáñez, a orillas del Lago General Carrera, en 1971. Ahí estuve como tres años. Luego me casé y viví en Puerto Río Tranquilo, que estaba muy abandonado en esos años. Después de jubilada me dediqué a escribir cuentos, para evadirme un poco de las exigencias del hogar, y me he dedicado al campo, y ahora a narrar.

De niña yo vivía con mis papás y con mis cinco hermanas. Ellas entraron al primer liceo que hubo en la región, entonces yo recibí la enseñanza de esas hermanas mayores. Ese liceo primero funcionó en lugares que estaban habilitados para recibir niños, porque no existía un edificio destinado a la enseñanza secundaria. Todo el mundo estaba comprometido con el liceo, a tal punto que, por ejemplo, si faltaba profesor de biología, entonces el farmacéutico hacía la clase de biología.

Yo empecé a amar la literatura en las clases de lenguaje, de Castellano. Yo adoraba esas clases. Las clases de filosofía, de todo. A mí me gustaba el *Mío Cid Campeador.* El profesor incentivaba con la palabra, porque en clases no se usaban herramientas audiovisuales. Por ejemplo, el profesor de Historia y Geografía nos explicaba que él era de Iquique y nos contaba cómo era el desierto, las luces y cómo se veía con el sol. También nos explicaba cuándo florecía el desierto y contaba que era un paisaje maravilloso. Entonces, uno se preguntaba: *¿Cómo será el desierto?* Es increíble, pero cuando voy a Balmaceda se me despeja la mente, como que necesito ver el horizonte, ya que aquí vivimos rodeados de cerros.

En realidad, no recuerdo una infancia muy linda, porque era una época de pobreza muy grande. Entonces eso hacía que yo siempre soñara con salir a otros lugares. Por eso, cuando tuve la oportunidad de salir a estudiar, yo salía todos los fines de semana a donde se me ocurría.

Cuando era niña, jugábamos con mis hermanas al salto con la cuerda. El papá tenía un caballo y entonces, con las riendas, nos hizo como un columpio dentro de un galpón. Le puso un cuerito y ahí hacíamos gimnasia y nos balanceábamos; así jugábamos.

Me acuerdo de que en esos años, cerca del río Aysén, en las cercanías de lo que hoy es el CESFAM, había un muellecito y una rampa, un plano inclinado hacia el río. Pero la gente nunca le dijo *rampa*, le decían *ranfla* y así quedó para siempre con ese nombre. Fue una palabra propia de Puerto Aysén. Cuando Aysén era puerto navegable había harto comercio, entonces, los ríos eran los caminos, porque casi no había camino.

En ocasiones, con la familia, hacíamos un viaje al río Los Palos, a la laguna del río Los Palos, y en ese viaje íbamos preparados con todas las cosas para hacer una fiesta allá, en ese campo. Ahí era bonito; ahí conocí lo que era una vitrola, un instrumento al que le daban cuerda y entonces tocaba una música mexicana, como unos corridos. Allá se hacía el asado, al palo, por supuesto, tortillas al rescoldo, porque nos recibían con un fogón y, por supuesto, mi papá llevaba una chuica de vino. Después, para volver, había que esperar que subiera la marea, porque el río tiene contacto con el mar y, al subir la marea se podía pasar bien, ya que el río Los Palos está lleno de restos de árboles sumergidos. Las raíces van por abajo, entonces el bote, con su quilla podía darse vuelta, ya que veníamos lleno de gente. Era precioso

el viaje, y los arrayanes, tan hermosos, porque imagínense, los arrayanes con su tronco anaranjado, y tú pasabas casi por debajo de ellos, y el río oscuro, profundo, que reflejaba la montaña nevada. Ahí había pajaritos que emitían un sonido largo como diciendo: *¿Has visto a mi tío Agustín?* Todo el ambiente en que avanzaba el viaje estaba lleno de sonidos: trinos, golpes de remo, movimiento del bote, de la gente, conversaciones, mucha alegría, sorpresa y sonidos maravillosos.

Casi nadie sabía nadar, entonces el que caía al río se moría. Ahora se aprende a nadar, pero en esos años nadie nadaba; no, no había como esa relación con el agua, no aprendíamos.

Encuentro que en ese tiempo éramos como una aldea, como una tribu, así que todos, de alguna manera, nos ayudábamos. Por ejemplo, había un solo liceo, entonces a ese liceo iba el caballero que tenía más animales, que era más rico, junto con el último pobretón que vivía allá por el camino, en el mallín. Todos estaban en el mismo lugar. Uno necesitaba al otro y había como una hermandad, una forma de ayudarse. Se ha perdido esa solidaridad, ese contacto social, donde a ti te duele lo que a otros les pasa y vas en su ayuda. Hoy hay más individualismo, porque antes, por ejemplo, yo dejaba mi bicicleta afuera y ahí amanecía.

Recuerdo que todos los hogares tenían sitios muy espaciosos. Había espacio para que cada uno tuviera su huerto, árboles frutales y hierbas medicinales: menta, éter, hinojo; este último era para las mamás y bebés, porque favorece la secreción de leche y, en, los bebés sirve para los gases. También todos sembraban lechuga, zanahoria y repollos.

No he visto mucho cambio en la naturaleza porque, como Aysén es lluvioso, los árboles brotan de las raíces quemadas. Esos árboles se quemaron en los incendios grandes que hubo. En el caso de los derrumbes, estos se cubren rápidamente porque, sobre la roca, con la humedad comienza a nacer el musgo y ahí florece nuevamente la vegetación. En invierno nevaba. No siempre se cubría todo de blanco, sino que solo a veces, porque la nieve aquí es como lluvia; se va derritiendo. Pero cuando se cubría, todos se volvían niños. Era algo tremendo, mágico. Todos jugaban. Ese recuerdo es muy bonito y todo de blanco…Una persona lanzaba una pelota de nieve a un vecino, compañero de clases, persona mayor o niño, y era como una invitación a jugar. Él o ella sonríe, recoge un poco de nieve, lo arma con las manos, apretándola, y se la lanza de vuelta a quien le hizo la invitación o desafío, y así se *arma la guerra*. Había gritos, carreras, pelotazos de nieve que iban y venían con mayor o menor fuerza; la gente esquiva, responde, ríe y arrancan. Todo era alegría, saludos y encuentros; era una guerra de amistad.

Como mensaje para los niños, pienso en una lectura, que es de un indio que le escribe al presidente de Estados Unidos y dice: *lo que se le hace a la tierra vuelve a uno*. Cuando acá quemaron los bosques, estaban todos felices porque así pondrían animales para ganado. Bueno, luego vino la inundación y barrió con todo. Se fue todo su animal y su campo. El río pasó por el medio. Se perdió todo. Entonces, de alguna manera, la naturaleza hace que tú entiendas, a la buena o a la mala. Hay que cuidar el agua, cuidar los bosques y el mar. Es bonito vivir en el campo, en contacto con la naturaleza. Escuchar los sonidos. Aquí es fácil. Uno va un poco más allá y te adentras en un bosque natural; no necesitas ir a un parque especial.

Mis vivencias de niñez y trabajo

José Delgado Naguelquín

Yo soy oriundo de Chiloé, pero sólo nací allá, porque toda mi vida crecí acá, en Aysén. Mi mamá me trajo –decía ella– de tres meses para acá. Nací en un pueblito que se llama Lelbún, a una hora de Castro.

Primero vivimos en la isla de Chaculay, cerca de la isla de Traiguén, donde actualmente están mis sobrinos. Teníamos un terreno grande, de alrededor de 600 hectáreas, y ahí estuvimos hasta que yo cumplí siete años, más o menos. Luego nos vinimos para acá. En ese tiempo, cuando llegamos, Aysén se extendía solamente hasta la calle Caupolicán.

Hasta los siete años viví en el campo. En el campo nos tocaron varias anécdotas. Yo tengo súper buena memoria y casi me muero también cuando estaba allá, porque estaba labrando un palo de canelo con un hacha que me regalaron. Yo conocía bastante la madera de canelo. Y me corté el dedo gordo. No había médico, no había nada; estábamos lejos, muy lejos. Y mi mamá me sanó. ¡Qué no le ponía! Colocaba romacilla, estrujaba el juguito y lo ponía dentro de una concha de loco; luego lo hacía hervir en el fuego y me lo aplicaba en el dedo. Dicen que estuve desmayado varios minutos.

En la isla Chaculay yo me entretenía solo. A los siete años tenía un botecito pequeño, para mí no más. Salía a remar y pescaba desde un puente que había. También había palos y maderas podridas, y con eso construía botes. Les hacía unas velas. En esos tiempos yo tenía tres gatos y, cuando estaba bonito el día, los metía dentro del bote y salía a navegar con ellos. Los empujaba, abría las velas y empezaba solito a navegar.

Como estudiante, ingresé a la Escuela Normal a los 19 años, en el mismo año que me licencié, porque en ese tiempo había solo hasta sexto de humanidades. Di la prueba académica en el año 1969 y saqué uno de los mejores puntajes en Historia, aunque los profesores del liceo no tomaban la prueba académica; traían gente de afuera, personas importantes: geógrafos, e historiadores.

Yo quería estudiar Derecho y quedé primero en la lista de espera, pero en ese tiempo los medios de comunicación eran malos; había puro barco. Cuando llegué a Puerto Montt, la lista de espera ya había corrido y quedé fuera. Pero en una librería de Puerto Montt había un letrero que decía: *Matrículas abiertas para la Escuela de los Mallangos*. Y, para no volver a la casa con las manos vacías, me fui a matricular.

Claro, pensé que era más fácil... y no fue nada fácil, sin ningún peso. Mi hermana, que era modista, me dio la plata para el pasaje, pero yo no tenía dónde llegar en Ancud. Después ya me acomodé, entré al sistema internado en la Escuela Normal, donde aprendí muchas cosas. Por eso digo yo: no sé por qué suprimieron las escuelas normales. Estaban los mejores profesores de toda la historia.

Otro recuerdo que tengo de ese tiempo era que el abastecimiento llegaba por barcos, aunque no eran barcos de fierro, sino lanchas grandes. Una de esas lanchas se llamaba: *La Virginia. La Virginia* naufragó en el Canal de Moraleda, cargando víveres. Con la corriente del mar, los víveres empezaron a llegar hasta la isla y quedaron en las costas. En mi casa había como cuatro chalupas, así que comenzamos a recoger víveres en las orillas de las playas.

Recuerdo la abundancia de esos tiempos. Mucha abundancia de alimentos y también de madera. No había que comprar nada; había mucho. Una tranquilidad, una paz, abundancia... Si quería comer jaiba, usted esperaba que bajara la marea, buscaba un tacho de jaiba, las cocía y listo. ¿Quería comer cholga? Comíamos cholga.

Durante el verano, Nury llevaba una masa para tortillas y hacíamos fuego en playas hermosas para cocinarlas. Llevaba leche para mis chicos, pañales y remedios, por si les daba fiebre. Todos los fines de semana, en verano, salíamos. Y me gustaba.

Yo rescataría el sacrificio que existía antes para poder estudiar. Ese es el mensaje que me gustaría dejar, porque la situación económica era malísima. Yo lo puedo comprobar en carne propia.

Disfrutemos lo que Dios nos regala

José Antonio Montiel Montiel

Nací el año 1950 en Puerto Aysén. Me crié con mis abuelos. Mi abuelita era muy apegada a la iglesia y eso hizo que yo fuera acólito y muy apegado a los curitas. Ella siempre me decía que, estudiando, iba a salir adelante, que sacara un título, para que tuviera una mejor vida. Gracias a los curitas me enviaron a estudiar a Santiago y ahí conocí otra realidad. Luego estudié para profesor y comencé a ejercer el año 1973 en la Ribera Sur. Trabajé 50 años antes de jubilarme.

Yo siempre fui un amante de la naturaleza y de los animales. Me gustaban las faenas. Yo vivía en Doctor Steffens e íbamos a buscar leña hacia el río Los Palos. Mi abuelito cortaba leña y yo la sacaba, porque había que entrar hasta el mallín. Cortaba con el hacha, porque antes no había motores; solo se cortaba a hacha. Y el mallín estaba no muy lejos de donde está el puente. Porque antes no había nada; no había ninguna de esas casas, había el camino no más, todo rústico. Yo siempre traía hojitas. Me gustaban los colores de las hojas, todos los tipos de verde que tenían, y todo lo que era ciencia me gustaba.

De mi abuelita aprendí el uso de hierbas medicinales. Algunos dicen que no hay que mezclar tantas hierbas, pero yo las mezclo. Por ejemplo, para el resfriado coloco laurel y eucalipto, que es lo común que se usa acá, pero le agrego borraja y sauco: un solo hervor y se apaga. Y para el estómago, hinojo con menta y paico, con azúcar quemada. Para preparar eso primero coloco el azúcar, después le pongo carbones encendidos encima, espero que se derrita y le tiro el agüita despacito; al final va la hierba. Mi abuelita usó mucho el boldo para el estómago, pero lo traía de afuera porque acá no hay. Tomaba mucho boldo. Boldo con menta, por ejemplo, que hacía súper bien. La gente lo que más usaba era la manzanilla, la menta, el poleo. Yo tengo casi todas esas hierbas. Para los dolores de huesos usaba el romero; lo dejaba en alcohol para que soltara todo lo verde y eso se frotaba en las piernas.

Yo fui muy bueno para jugar, porque yo organizaba los juegos en mi barrio, con mis compañeros. Jugaba al clavo, a las bolitas, porque había una parte en donde yo vivía en que el terreno era así como gredoso, bueno para hacer hoyitos, y ahí los clavos saltaban más arriba. También jugué harto fútbol y anduve en zancos, que hacíamos con tarros. También jugamos harto a los naipes.

Una actividad que yo hacía con mi abuelita, que también tiene que ver con la naturaleza, era escarmenar la lana pura de la oveja, tal como venía. Porque al lado de mi casa llegaban los caballeros que iban a las comparsas, a trabajar al otro lado de Argentina, y a ellos, como eran los que esquilaban, siempre les regalaban bolsas de lana. Seguramente ellos hacían colchones allá en su tierra, en Chiloé. Yo les pedía a mi abuelita, que hilaba, porque ella hacía medias de lana. Entonces en la noche, después de hacer mis tareas —eso se hacía alumbrado con pura vela—, yo la ayudaba y ella me hacía cositas: papitas fritas, carne picadita, un huevo revuelto. Yo me entretenía y la ayudaba a que la lana quedara bien escarmenada para pasarla al huso. Y, en ese entretanto, ella me iba contando historias. Ella era oriunda de Chiloé y a mi me gustaban las historias de su tierra sobre los brujos. Entonces, por ejemplo, yo le preguntaba: *¿Cómo se hacen los brujos?* Y ella me decía que, para hacerse brujos, había que irse al cementerio y sacarle la piel a una persona… ¡Eran historias bien tenebrosas!, pero yo no las encontraba terribles. Yo, fascinado con esas historias de brujos que vuelan, se hacen perros o gatos. También me contaba cómo se celebraba la noche de San Juan en Chiloé.

Mi abuelita, me decía: —Fíjate, que yo, a las doce de la noche de San Juan, salía con todos del campo a la playa, y empezábamos a gritar: *¡Que venga San Juan!, ¡Que venga San Juan!* Y de una isla a otra se respondían: —*¡Ya llegó!* Pero todos gritaban en coro, y ahí cantaban: *En la noche de San Juan, lo celebran los pastores, dicen que San Juan está muerto, pero vivo en sus clamores.* Pero nosotros esa noche hacíamos la tradición de las papas, del espejo. Mi abuelita no me enseñaba nada de terror, eso sí; puras cosas santas.

Cuando era niño me gustaba mucho sentarme en un tronco, en las pampas, donde estuviera en altura, para sentarme a mirar a lo lejos. Eso me gustaba a mí. Lo encontraba súper entretenido y ahí yo pensaba, se me ocurrían cosas y pensaba cómo seré yo cuando sea más grande… Tenía curiosidad por el futuro.

El clima era harto frío en Aysén: hartas nevazones, mucha lluvia. Siempre andábamos mojados, secando los calcetines. Siempre me cuestioné por qué nos llovía tanto, sobre todo después que conocí el clima de Santiago. Los veranos eran bien calurosos porque recuerdo que salíamos de la escuela y nos bañábamos en el río de Aguas Muertas. Había días calurosos, pero la gente no disfrutaba mucho de eso; siempre estaban trabajando.

Ahora han cambiado los olores. Antes era todo naturaleza: olor a pastos, igual que cuando tú limpias tu jardín y cortas el pasto; uno sentía ese mismo olor. En cambio ahora es puro humo, porque hay más gente. Entonces, por eso mismo, también cambió el paisaje, porque la gente quema más. Antes no, era todo más limpio. Se olía a ambiente natural.

Algo que extraño de antes es que nosotros éramos de puertas abiertas. Nadie cerraba sus puertas. Llegaba un compañero: *vamos a jugar, vamos a tal parte*. Entonces ese estilo de vida me gustaba. O mi abuelita me decía: —Compramos papas; anda a dejarle a la vecina, que no tiene mucho. O, —Ella nos va a regalar tal cosa; anda a buscar las hierbas. En fin, como que se transitaba entre las casas con más libertad. Eso es de las cosas que más me ha servido en la vida: aprender a compartir, a convivir. Eso me sirvió siempre, sobre todo cuando salí de acá a Santiago y después a Italia. Me sirvió mucho para adaptarme, para que mis compañeros me quisieran. Siempre me preocupé de compartir, de recibir bien y de la parte valórica. Aunque mi casa era sencilla, siempre recibíamos bien a mis compañeras. Yo les preguntaba qué les gustaba comer y mi abuelita las recibía con sopaipillas, milcao. Mis compañeras quedaban enamoradas de mi abuelita y siempre querían volver a verla.

Me gustaría que los niños disfrutaran de la vida diaria, partiendo por su jardín, arreglando su jardín, o el jardín de la escuela, si tienen un jardín. A mí me gustaría que en todas las escuelas hubiera un jardín. Esto sería algo grandioso, que los niños fueran empapándose de la naturaleza, sabiendo también que la naturaleza nos ofrece algunas hierbas que son buenas, que es algo natural. Lo natural siempre, para mí, va a tener una validez. Que los profesores trabajen eso y lo hagan con el ejemplo.

Que tengamos espacios de reflexión que nos ayuden a comprender la hermosura de la naturaleza, ya que siempre ha estado en la vida de nosotros, especialmente para los que somos patagones, y que la usemos en todos los medios en que se puedan usar, tanto en lo turístico como también en lo educativo.

Recuerdo para revivir

Luisa Llancalahuen Andrade

Yo nací en Caleta Andrade y, a los 13 años, por el año 1974, nos vinimos a vivir a Puerto Aysén, y de aquí no nos hemos movido. Nos vinimos porque la situación económica cambió, cuando hubo una cesantía tremenda en Puerto Aguirre durante la dictadura, y también por la educación, porque en Caleta Andrade había solo hasta sexto básico. Era difícil porque teníamos que ir a pie por una hora, con mucha lluvia y mucho frío; no había ese camino que hay ahora.

Caleta Andrade lo fundó mi tío José Andrade, hermano de mi abuelo Ciriaco Andrade, y por eso es que todos los Andrade de Caleta son parientes míos. Una de las cosas que me acuerdo de allá es esa calidez de familia, porque en una isla todos te conocen, todos se apoyan. Si uno se enferma, todos los vecinos te iban a ver.

Mi infancia la recuerdo con muchos hermanos, porque nosotros somos nueve. Fue una infancia tranquila, de mucha pobreza. O sea, nosotros no pasamos hambre, pero tampoco había esas comodidades de ahora, con acceso a tecnología. Nunca tuvimos agua potable. La luz eléctrica llegó cuando yo tenía como 10 años: pusieron un generador. Ahora es súper fácil adquirir uno, pero en ese tiempo era como algo de otro mundo. Y cuando llegó la luz, ¡imagínate tener una ampolleta! Para nosotros era increíble. Eso sí, nos daban la luz a las 7 de la tarde y la apagaban a la medianoche; teníamos pocas horas. Lo único que teníamos era luz de ampolleta y una radio, porque no conocíamos los televisores. Yo vine a conocer los televisores acá, en Puerto Aysén, cuando llegué en el año 1974.

Recuerdo una época, cuando yo tenía unos ocho años, en que se corrió la voz por todo Caleta Andrade de que todas las noches salía un monstruo con muchas luces. Por eso, a una cierta hora, ya no podías andar afuera, porque te ibas a encontrar con ese ser raro. Y como allá en Caleta, no había luces en la calle y todo era muy oscuro, todo el mundo veía esa cosa por las ventanas, porque no podías salir. Yo me acuerdo de haberlo visto. Era una cosa redonda, con muchas luces de todo tipo. Obviamente, yo me escondí altiro, porque daba miedo. ¿Pero quién iba a hacer una cosa de esas? Si no había electricidad, ¿dónde iban a cargar las luces? Fue un tema recurrente por mucho tiempo.

En esos años, en la playa había navajuelas, almejas, jaibas, de todo. Yo vivía en mi casa, que estaba en un alto, y abajo estaba el mar y la playa. Íbamos a pata pelá a la playa, a la puntilla, como le llamábamos, y cosechábamos de todo. Mi papá era buzo y él hacía esas salidas largas, de dos o tres meses, y volvía con toda la mercadería. Me acuerdo de que traía un baúl lleno de pan a rescoldo que él hacía, porque sabía que me gustaba. Entonces, cuando él llegaba, yo lo iba a encontrar a la playa, y mi papá me decía: —¡No traigo nada! Después se reía solo y me mostraba el baúl lleno de pan a rescoldo.

A veces hacíamos paseos en familia y nos íbamos en bote a otra isla a hacer un curanto al hoyo. Era mucha comida, entonces se invitaba a otra familia para compartir. Yo miraba a mi papá, que estaba abajo, buceando en las aguas claras, con un sol precioso, y veía cómo iba sacando los mariscos. Había tremendas playas blancas, preciosas. Esos momentos no los olvidaré nunca: cuando se pasaban en familia, con los hermanos, mamá y papá. En esa época no valorábamos mucho el paisaje, porque creíamos que en todas partes el paisaje era igual. Y después, cuando ya estás vieja, una dice: ¡Guau! Si yo hubiese tenido una cámara o una grabadora en esa época, habríamos tenido un gran tesoro.

Siempre me arrepentí de no haber rescatado la maquinaria que tenía mi papá. Él fue buzo de escafandra hasta los 45 o 50 años. Se ponía un traje de puro cuero y debajo mucha ropa de lana, porque el fondo del mar es muy frío; después venían el casco, una coraza pesada y el zapato de buzo. El marino principal de confianza, que era mi cuñado, tenía que mover la máquina todo el rato cuando mi papá estaba en el fondo, a 30 metros. Entonces él iba metiendo los mariscos en una malla y, cuando ya la tenía llena, tiraba la cuerda y la subían.

Nosotros crecimos con puros mariscos. Mi papá llevaba mariscos en sacos y los dejaba afuera de la casa, y así los vecinos iban con sus pilguas a buscar. En ese sentido fue muy generoso, porque jamás cobró un peso por ello. Me acuerdo de que nosotros comíamos los mariscos sobre una piedra grande; por eso me acostumbré a comerlos sin limón. Podíamos estar dos horas comiendo almejas; las abría chocando una con otra, ni siquiera con un cuchillo. Riquísimas. Mi papá llevaba muchos locos que eran enormes, y choro zapato, grande como un zapato.

De niños jugábamos todo el santo día a lo que se nos ocurriera, con los vecinos y hermanos: al clavo, al luche, a las cinco piedras —la payaya de hoy día— y a la escondida. Podíamos pasar toda la tarde jugando. Y estaba la época de la cantaria, en la que todos salíamos a cazarlas. Entonces poníamos nuestros tarros de cantarias debajo de la cama y, si despertabas a las tres de la mañana, las cantarias andaban todas por tu cama, encima de tu cabeza. Había muchas; los árboles eran negros de pura cantaria.

Había temporadas, como la temporada de los frutos silvestres. Comíamos la nalca y la murta crudas. La murta era más famosa que el calafate o el maqui, tipo uva, riquísima. Y de ahí estaban los frutos a ras de suelo, como el ñaudapo, que es como una murtilla chiquitita. Y había otra cosa que era el miñimiñi, que igual era un fruto como la murta, pero más chiquitita. Nosotros íbamos a cosecharlos y nos los comíamos todos crudos.

Las estaciones estaban muy marcadas. El verano era realmente verano, tanto así que a veces no había agua. Era una cosa tan terrible. A veces íbamos a buscar agua al continente, donde había vertientes, pero a veces estas también se secaban, entonces vivíamos gracias al agua de pozo. Nunca tuvimos agua potable; parece que hoy tampoco tienen. Los baños eran pozos negros, sin tazas. Eso nosotros lo conocimos acá en Aysén.

El invierno era muy frío, pero no nevaba. Yo conocí la nieve a los 11 años. Me acuerdo de que me levanté y mi cuñado estaba haciendo mazamorra —que es la leche con harina— y dijo: —Saqué harina de afuera. Vi todo blanco.. y le creí: —¡Guau, tanta harina! Nunca había visto nieve. Había mucha escarcha también. Yo me acuerdo de que ponía una concha de marisco afuera y la dejabas con agüita, y al otro día amanecía toda la escarcha en forma de concha. En esos tiempos nosotros salíamos sin zapatos y, cuando entrábamos, veníamos con los pies y las manos azules de tanto frío. Había unos temporales increíbles, con olas inmensas; una lluvia con gotas tan gruesas que te dolía la cabeza cuando te caían; y muchos relámpagos y truenos. Mi mamá era sastre, la única modista de Caleta Andrade, y tenía una máquina de coser Singer de puro fierro. Entonces, cuando había relámpagos, nos levantábamos a tapar la máquina, la cocina y a sacar las hachas, para que el relámpago no cayera dentro de la casa.

Mi abuela Filomela, por parte de mi papá, era partera y trajo a casi todos los hijos de la caleta. Yo no saqué ese don. En un parto de mi hermana vi cómo salió mi sobrino; tuve que limpiar la sangre y lavar todos los paños que sacaban. Impresionante toda la sangre, pero yo era muy madura porque no me impresionó tanto. Mi hermana se demoró cinco días en tener a su primer hijo y mi abuela estuvo ahí esos días, sin irse a su casa a dormir, cuidándola para que el niño naciera. Esos partos difíciles...

Mi abuela era de esas que tampoco andaba con zapatos: tenía unos de plásticos para la huerta y unos de cuero para ir a la misa. Un día se levantó a las cuatro de la mañana y se fue a Aguirre a atender un parto. Ahí le dio una neumonía y se murió, porque no se fue con zapatos ni con abrigo. Cuando volví de visita en 1991, fui a prender una vela a mi abuela y tenía una tumba limpiecita, como recién hecha; su reja bien pintadita, llena de flores. ¡Sus ahijados! Tuvo tantos ahijados esa anciana que nunca abandonaron la tumba. Increíble. Pensé: *Aquí hay un ser humano que entregó tanto a una comunidad; los ahijados* —porque ella los traía al mundo— *cuidaron esta tumba.*

Recuerdo su funeral porque, aparte de todo el dolor que sientes como niña, era un acontecimiento, una ceremonia. Antes, toda la gente que llegaba al velorio tenía que cenar. También había rezadoras; si no llegaba una rezadora voluntaria, contrataban una para hacer el rezo chilote, que dura como tres horas. Preparaban una mesa con un paño negro y ponían el muerto en la mesa, mientras los parientes y amigos construían el ataúd. Al muerto había que sacarle todos los botones —nunca supe por qué— y también los zapatos, y cubrirlo con paños negros. Después se hacía una ceremonia con botes y lo llevaban al cementerio. Se rezaba la novena, durante nueve noches, para que el espíritu no se quedara en la casa.

Echo de menos todo de mi niñez: jugar hasta las tantas horas de la noche, bajar a la playa y mariscar. Echo de menos la tranquilidad. La radio se escuchaba poco, entonces íbamos a la playa con toda la familia y llevábamos pan con huevo. Yo me sentaba a la orilla de los botes y abajo estaba lleno de pescaditos pequeños, como los puyes. Metías los pies al agua y los pescaditos te *purificaban*; bueno, eso lo sé ahora. Eran actividades de mucho silencio; escuchabas las olas o el sonido del monte y los pájaros. Eso echo de menos de adulta mayor.

Yo le digo a mis nietos que valoren todo lo que existe: la naturaleza; que cambien el mundo donde viven. Hagan un lindo jardín. Siembren. Porque cuando una es niña o lola, como que no cree que eso es muy importante, pero cuando una ya es vieja quisiera volver a esa edad para hacer las cosas de manera diferente, pero con consciencia. Cuidar la naturaleza, para mí, es fundamental, para que luego la disfrutes, porque no hay cosa que disfrute más que un río, un lago, un árbol o un lindo paisaje. Y les digo que sigan soñando, que sigan creando, que hagan cosas nuevas siempre, aunque vengan todas las dificultades, sin quedarse pegado en lo malo. Que sean positivos siempre.

Mi infancia en la naturaleza

Ana María Jiménez Almonacid

Nací en el hospital de Puerto Aysén. Después, mis papás compraron un campo pequeño en el kilómetro 20, que todavía tenemos. Más tarde nos fuimos a Guadal. Mi papá fue a administrar un fundo allá; yo era muy chica, creo que tenía un año, y regresamos cuando tenía como cinco.

Para poder ir al colegio, caminaba cuatro kilómetros todos los días. Yo tenía unos seis años, cinco años y tanto. Era una escuela unidocente. Llegaban todos los niños caminando y teníamos que cruzar el río. Me iba a dejar un señor que trabajaba con mi papá, don Daniel, que era muy bueno para remar. La condición del río en ese tiempo era absolutamente diferente: era un río mucho más angosto y, por lo tanto, mucho más caudaloso que ahora. Cuando crecía, no se podía cruzar debido a la corriente.

La verdad es que era muy sacrificado caminar sola todos los días cuatro kilómetros por la orilla del río. Luego nos juntábamos con otros niños que iban de primero a sexto básico, porque sólo había hasta sexto básico en esa escuela, y en la tarde nos tocaba regresar.

En ese tiempo, en el kilómetro 26, estaba la escuela unidocente, un par de casas y un restaurante, que era de los abuelos de la actual dueña del restaurante del 26. Era un local muy bonito, que se quemó no hace muchos años. Ese local abastecía de víveres básicos a los vecinos. La gente que vivía ahí, básicamente, trabajaba en el campo.

Ya en segundo básico, me vine a vivir a una pensión con una familia conocida para poder seguir estudiando. Aunque igual podía haber seguido haciendo el recorrido para ir a la escuela, era demasiado sacrificado. Me quedaba acá en Aysén, de lunes a viernes y, cuando podía, iba al campo. A veces, los viernes en la tarde, me iba a mi casa y regresaba el domingo en la tarde, pero no siempre, porque en esos años no había caminos como los de ahora; había camino ripiado. Menos mal que había un bus de Aysén a Coyhaique; recuerdo que había uno en la mañana y uno en la tarde. Mis papás, obviamente, no tenían vehículo en esos años. Moverse era difícil.

Los fines de semana yo llevaba la ropa para lavarla en la casa de mis papás. Fue una etapa bien triste. Imagínate: yo tenía seis años y la mayor parte del tiempo me criaba sin mis padres, sin mi mamá. Mis papás, obviamente, por temas de trabajo no venían a la ciudad y, a veces, en el invierno, cuando no se podía ir porque el tiempo era muy malo, pasaban meses en que yo no iba a la casa. Ni mis papás podían venir por las condiciones climáticas. La única salida de ahí era a través del río.

Antes llovía mucho más, o al menos así lo recuerdo. Los veranos eran bien marcados: hacía calor. Será porque uno estaba de vacaciones, pero yo recuerdo épocas de mucho calor. Mi papá sembraba avena y trigo. Entonces, era como que las estaciones estaban un poquito más marcadas. Tal vez el verano era más corto, pero hacía mucho calor. Y llovía mucho más en invierno. También nevaba muchísimo más que ahora. Los inviernos eran muy crudos.

En la casa había muchas responsabilidades. No es que uno se pasara jugando todo el día: había que levantarse temprano a una hora, ayudar en la casa, entrar la leña, llevar el agua del río a la casa —que estaba lejos—. El agua se llevaba en baldes. Había que pasar una pampa; no sé cuántos kilómetros serían. Y lavar la ropa en una tina. Teníamos un refrigerador de madera: *carnicera* se llamaba.

Aún así, la educación de esos años la encontraba súper relacionada con el entorno. Por ejemplo, nos enseñaban mucho de naturaleza: plantar árboles, reconocer frutos, ver parir a una vaca o una yegua. Jugar en el bosque y andar a caballo; eso era lo que más me gustaba. Mi papá, siendo un hombre de campo, siempre nos inculcó la libertad de trabajar para tener nuestras propias cosas y no ser empleados.

Recuerdo y extraño el olor del pan amasado y la mantequilla que se hacía en la casa. El aroma del agua del río. Pasábamos mucho tiempo en el río: el aroma del agua y el olor de la ropa secándose al sol. El olor del jabón con que se lavaba la ropa. Se colgaba la ropa al sol y después quedaba con un aroma tan rico. Ese aroma del sol todavía lo tengo.

Si hablo de los animales, recuerdo las cantarias y las mariposas; había muchas. El camino que hacía por el río para ir a la escuela, eran solo pampas. Era un lugar limpio y yo recuerdo muchas mariposas: de colores naranjas, blancas y verdosas. Y cantarias; tenían un aroma característico. Nosotros las juntábamos y las hacíamos pelear. Eran muchas. También había estos escarabajos negritos, los caballitos. Eran nuestros juegos de niños; no les hacíamos daño, los soltábamos después.

Nosotros necesitamos a la naturaleza; la naturaleza no nos necesita. Si nosotros la destruimos, los que vienen después de nosotros no van a poder disfrutar de cosas maravillosas el día de mañana, porque la naturaleza va a seguir existiendo. Aunque rompamos toda la naturaleza, de alguna manera va a volver, pero no vamos a tener la calidad de vida de una naturaleza bonita, bien cuidada: caminar por senderos, tomar agua de un río, —lo que todavía podemos hacer acá y que en pocas partes del mundo es posible—, o comerse un fruto no contaminado, poder sembrar una lechuga y comérsela: ¡Es una cosa maravillosa!

Aquí muchas veces no la valoramos, porque hay tanto verde que pareciera que la gente se aburre del verde. Yo creo que por eso nos falta mucha conciencia: porque lo tenemos todo delante de nuestros ojos.

Para vivir en Aysén hay que tener temple

Alicia Erika Panichine Marimán

Nací en Isla Ballena. Mi mamá llegó desde Chiloé a Isla Ballena a hacer patria. Llegó con mi papá y mis abuelos en un bote, a remo y a vela. En la isla nacieron mis hermanas y después yo. Mi papá fue el partero de mi mamá: nos cortó el cordón umbilical y nos bañó en el mar para que fuéramos sanitos, y salimos todos sanos. Nunca tuvo problemas como partero, porque sabía desinfectar; no sé con qué, porque antes no había alcohol, no había nada.

En esos años, en Isla Ballena, había puro cielo y mar. Comíamos puro luche, mariscos y pescado; era lo que había. Mi papá todo lo ahumaba y lo comíamos nosotros, porque no había dónde ir a vender. Había abundancia, eso sí. Los locos eran enormes; ahora son chiquititos.

Nosotros éramos ocho hermanos. Mi papá era muy estricto: teníamos que hacer luche y ahumar pescado, ir a buscar jaiba y centolla. Había mucha centolla. Ahora ya no hay; o sea, hay, pero está más al fondo, por ahí, en el canal Corcovado.

Cuando yo tenía cinco años, nos vinimos a Aysén y tuvimos nuestra casa en la calle Pangal, una casa con piso de tierra. Mi papá vino a trabajar en una empresa que hacía tejuelas de ciprés. Le compraban hartas y con ese dinero comíamos. Acá hicimos patria, porque no había nada, no había casas.

Lo que sí había era calafate, maqui y cauchao. También había miñimiñi, que sale en los palos, tiene una frutita verde y viene como en un *nidito de amor*, y el ñaudapo, que es rojito con blanco. Comíamos de la mata; esa era nuestra fruta, porque nadie tenía ningún árbol frutal plantado.

Aquí, en Aysén, fui a la Escuela de las Ranas, en la población Pedro Aguirre Cerda, la *Pedro*. Antes, en el humedal, había muchos pájaros, muchos patitos y muchas ranas, que gritaban mucho en la noche; por eso llamaron a la escuela "Las Ranas". Nosotros salíamos a buscar ranas, que eran todas chicas.

En esos tiempos jugábamos a las casitas, al luche, al tejo, a los zancos y al lazo. Hacíamos casitas y jugábamos a cocinar como nuestras madres. Hacíamos pancitos de barro para todos nuestros hijos. Jugábamos con los González, con la Selma y la Gloria. ¡Y los hombres querían que los sirviéramos!

Cuando llegamos acá no había hospital, pero mi abuela, que fue curandera en Chiloé, sabía hacer remedios. La luma se usaba para el lumbago y del tepú raspaba la corteza cuando teníamos fiebre.

Si pienso en un lugar al que me gustaría volver, sería el campo que teníamos con José, mi esposo, en una isla entre Aguirre y Moraleda. Con él vivimos allí en los años noventa, los dos solos. Ese era un lugar que solicitamos cuando trabajábamos en el mar y donde fuimos a hacer campo y casa. Teníamos un bote chiquito. Yo remaba y José levantaba las trampas de jaiba y las subía al bote. ¡Casi se llegaba a hundir de lo lleno de jaibas que estaba!

En esa época fue que nos pasó algo muy extraño. Un día llegamos en la tarde, cansados al campo, y José me dijo: —¡Viejita, hagamos una tortilla! Y yo le respondí: —¡Ya, hagamos una tortilla! La hicimos al rescoldo, afuera, y estaba muy linda. Nos fuimos a dar una vuelta adentro y, cuando volvimos a ver la tortilla, ¡no estaba! La habían sacado, y el perro tampoco se la comió: el perro estaba al lado. ¿Y quién habría sido el que la sacó? ¡Era una tremenda tortilla! Nos quedamos mirando nomás con José.

Yo le dije: —Hay alguien, un espíritu malo que anda deambulando. Porque la sacaron de la ceniza. Y él me preguntó cómo era posible que los perros no hubieran ladrado.

Otra cosa que me pasó fue que estaba picando leña y José estaba llenando una lancha con un amigo, por otro lado. Yo, *dele* cantando, y con mi hacha, *dele* cortando. De repente sentí unos movimientos en las ramas, como un viento, un ruido fuerte. Miré para allá y vi a un tremendo viejo, con tremendos ojos y las barbas hasta abajo. Era un hombre con dientes de oro. Imagínese cómo lloraba yo. Me arranqué con mi hacha y él solo me miró; sus ojos eran rojos, su barba negra le llegaba hasta los zapatos y tenía todos sus dientes de oro. Corrí al muelle gritando auxilio. José y el amigo fueron a mirar, pero no lo encontraron. Después me dijeron que, cuando aparece eso, era porque hay un entierro de cosas de oro y que tenía que buscarlo, pero yo no quise el oro; me dio miedo.

En ese lugar pasaban muchas cosas raras. Por eso, una empresa que tenía sus instalaciones ahí puso una estatua de la Virgen. Cuando bajaba la marea, se asomaba y, cuando subía, se escondía. Era blanquita. Ese lugar es un lugar encantado, pero igual volvería, porque es un lugar muy lindo: mucha fruta, mucha murta; era un lugar muy precioso. Tenemos ganas de volver y buscar otros campos.

José me pide que cuando se muera, quiere que lo vaya a dejar a Chile Chico, a la orilla de su vieja. Su mamá sufrió mucho, así que él, de chico, la apoyaba en todo. Ellos igual se criaron casi solos, porque su papá estaba enfermo. Entonces él crió a muchas sobrinas con su mamita, dándoles estudios. Todas están bien ahora, y yo le digo: —Bueno, tienes que descansar ahora.

Yo quiero seguir trabajando, porque a mí me gusta trabajar; todavía tengo fuerza para hacerlo. Me crié trabajando y me hallo poco en la casa; me gusta la pega. Yo remaba; muchas veces nos vinimos hasta acá a remo. Yo le apadrinaba los caballos a José; por ejemplo, cuando él amansaba los caballos ariscos, yo los sujetaba hasta que él se subía. Nunca lo botaban. José y sus hermanos eran buenos para jinetear.

Yo le quiero decir a los niños y las niñas de hoy que sigan estudiando y que quieran a sus viejos, porque ellos igual van a ser como nosotros.

Me gustaría volver en el tiempo

José Segundo Cofián González

Nací en Valdivia. Llegué a la región de Aysén con mis viejos cuando tenía cuatro años. Nos vinimos porque no había trabajo en Valdivia. Vinimos en un barco, que le decían el *Taitao*; de ahí nos llevaron en carreta hasta Balmaceda y luego en avioneta hasta Chile Chico.

Como no había trabajo en esos lugares, mis viejos se fueron hasta Mallín Grande, donde les dieron permiso para que abrieran campo, y ahí se instalaron, entre Mallín Grande y Guadal. Allí hicieron cerco, criaron animales, sembraron, de todo un poco. Les dieron animales a media y no hubo ningún problema en el verano, pero cuando llegó el invierno… ¡Uf! Era bravo. Había como metro y medio de nieve. Se nos murieron 40 vacas y quedaron 14 terneros. Menos mal que ese año no nos quedamos nosotros en el campo; se quedaron los puros animales.

Para los años siguientes ya sabíamos cómo venía el tiempo. Nos quedábamos encerrados en la cordillera desde mayo hasta septiembre, pero ya teníamos de todo: comida y víveres para el año. Entonces, en el invierno salíamos a *maitenear*: volteábamos los maitenes para que comieran los animales; les gustaba comer maitén. El finao Atilio Cosmelli, el mismo que después fue intendente, tenía campo y nos daba permiso para llevar los animales hasta allá a maitenear en invierno. Pasábamos todo el día arriba de los maitenes, golpeando las ramas para que comieran los animales, porque el pasto estaba sepultado bajo metro y medio de nieve.

Ahora ya no cae toda esa nieve, al menos a la orilla del lago. Antes había un metro de nieve a la orilla del lago; no se podía andar ni de a caballo, porque la nieve llegaba hasta la montura.

En esos tiempos jugábamos entre los hermanos. De repente llegaban los vecinos a jugar, pero estábamos muy lejos, a cuatro horas de camino. A los ocho años, el vecino ya me buscaba para llevar bueyes, acarrear leña y hacer chacras. Yo ya sabía montar a caballo.

Mis viejos iban a buscar los víveres a Cañadón Verde, en Argentina. En ese tiempo no había camino, así que tenían que ir en barco, que se demoraba dos días de viaje, ya que tenía que pasar a Puerto Cristal o Sánchez. Pasaban a cargar a Ibáñez y de ahí recién se iban a Chile Chico. ¡La media vuelta que había que hacer! Para entregar los animales, nos íbamos haciendo tropa a Mallín Grande; cruzábamos el Paso Las Llaves, de ahí a Fachinal y de Fachinal a Chile Chico.

Todos los días se ordeñaban 90 vacas e íbamos a Guadal a vender los quesos. La ropa se hacía en la casa: los calzoncillos y las camisetas se hacían con sacos de harina. Yo sabía hilar y tejer. Los zapatos eran escasos; había puro zapato tamango, que se hacía con cuero de caballo. Se usa la pata del caballo, porque tiene un talón abajo. El cuero se machacaba con un palo y se sobaba bien para que quedara suavecito.

En aquellos veranos había de todo: frutilla, murta del campo y frambuesa de campo, una frambuesa blandita. Y mosqueta; con esa hacían dulce, pero no había tanta como ahora. ¡Ahora está lleno!

Para el dolor de espalda se tomaba cocimiento de nalca; era muy bueno. Había una señora, Zafira, que me buscaba cuando yo era chico para que le ayudara. Mandaba remedio en damajuanas para Cochrane, Villa O'Higgins y Chile Chico. Ella sabía de remedios porque era de Chiloé; ahí aprendió y empezó a curar a señoras que estaban enfermas. También era partera. Trataba quebraduras, sacaduras, de todo.

Nosotros traíamos animales de Villa O'Higgins hasta Puerto Aysén. Nos demorábamos casi seis meses y morían muchos en el camino, principalmente por quebraduras, porque en Murta el campo era muy malo. Veníamos todos mojados y nos secábamos recién en Ibáñez, pero la gente antes como que no se enfermaba tanto; tomaban puro natre. Ahora nosotros nos mojamos y nos resfriamos.

El viaje era largo porque no podíamos ir rápido; había que ir parando. Uno o dos días dejábamos descansar a los animales; después caminábamos un par de cuadras, no mucho, y parábamos de nuevo. Veníamos hartas personas. Yo empecé a hacer tropa a los 12 años. Cada día se adelantaban unas 12 personas, los pilcheros, que íbamos cargados con todas las cosas para comer. Hacíamos un campamento y, en la tarde, llegaban los otros a comer… y eso se repetía todos los días.

En esos tiempos había muchos árboles, como coigües, ñires y maitenes. Había mucho pudú y huemul. Me gustaba porque no eran mañeros, eran mansitos. No los cazábamos, porque la carne de huemul es seca, aunque igual la comimos alguna vez.

También había muchos caballos salvajes en el campo. Una vez íbamos para el campo con la mamá y llegó una tropilla de caballos que nos tuvo casi todo el día debajo de un árbol; eran bravos y peligrosos. Después, cuando ya empezamos a hacer campo, buscábamos y amansábamos muchos caballos bonitos. Los echábamos al corral, los trabajábamos casi todo el día y luego los largábamos con caballos mansos; ahí se aguachaban y les dábamos sal. La sal era lo mejor para aguachar el animal, tanto caballo como vacuno. La sal se traía de Argentina; era una piedra, y los animales la lengüeteaban.

En ese tiempo también había muchas cantarias. *Negreaban* los árboles en las tardes cuando volaban. De repente había un fuego y ellas llegaban y se metían en él. ¡Tremendas de grandes! Nosotros las hacíamos pelear. También había mucho moscardón naranjo; ese ya no se ve.

Lo que más extraño de aquellos tiempos es andar afuera y la tranquilidad. En ese tiempo, cuando alguien tenía que salir, dejaba su casa sola y, si alguien venía de paso, llegaba, entraba y podía comer. Luego cerraba la casa y se iba. Nadie hacía daño.

Geografía del recuerdo

Este mapa es un recorrido por las Provincias de Aysén y Coyhaique hecho con los ojos, la memoria y las palabras de quienes las habitan.

Nació de los talleres participativos realizados con personas mayores de distintas localidades de la región. En estos encuentros, los y las participantes compartieron historias sobre los lugares que marcaron su niñez: sus relieves, fiordos, ríos y cerros. Cada lugar trae consigo una historia, una imagen, un sonido o una sensación que había quedado guardada en la memoria durante muchos años.

A partir de esos relatos, fuimos dibujando este mapa comunitario. No es un mapa que muestra solamente calles o distancias, sino uno que muestra lo que la gente recuerda y lo que un lugar significa para quien lo vivió. Por eso, más que un mapa geográfico, es un mapa de imaginarios: una forma de ver la región a través de las historias de quienes crecieron en ella.

Al recorrer estas páginas, niños, niñas, adolescentes y adultos podrán identificar la Aysén de otras épocas, contada por quienes la vivieron de pequeños, y descubrir que cada lugar —por pequeño que parezca— puede guardar una historia digna de ser recordada.

N
MELINKA
CALETA ANDRADE
PUERTO AGUIRRE
ISLA CARMEN
FIORDO AYSÉN
CERRO MARCHANT
LAGO LOS PALOS
LA RANFLA
LOS RÁPIDOS
Km 26
EL CHILCONAL
BALMACEDA
VOLCÁN HUDSON
COCHRANE
LAGO GENERAL CARRERA

Conectando y curioseando con los imaginarios de Aysén, 2026

Proyecto financiado por el Fondo del Patrimonio Cultural, Concurso regional, en su línea Material didáctico sobre patrimonio cultural para la educación formal y no formal, convocatoria 2024.

Naturaleza y memoria viva

Juegos para descubrir Aysén

Introducción

Este lado del libro es tuyo.

Entrarás a otro mundo: uno hecho de actividades, imágenes y preguntas que nacen de las historias que los adultos mayores contaron en el Lado A de este cuadernillo. No hace falta haber leído cada relato para comenzar, pero si lo hiciste, vas a reconocer los paisajes, los personajes y los recuerdos que inspiraron cada página.

Cada actividad es una puerta pequeña. Algunas te van a invitar a conversar con una persona mayor de tu familia o tu comunidad, a preguntarle cómo era antes lo que hoy te parece normal. Otras te van a proponer salir, caminar y mirar con ojos curiosos: un río, un árbol, el cielo de Aysén a distintas horas del día. Y otras, simplemente, te van a pedir que dibujes, recuerdes o imagines.

No hay respuestas incorrectas aquí. Hay memoria, hay paisaje, hay conversación.

Aysén tiene una historia que vive en las personas que la habitaron y la habitan. Parte de esa historia está en los relatos del Lado A. Otra parte está esperando en un camino que todavía no caminaste o en una pregunta que aún no hiciste.

Este libro es una invitación a buscarla.

Conectando y curioseando con los imaginarios de Aysén, 2026

Equipo
Olivia Vergara Parra, Responsable del proyecto
Carolina Vega Hoebel, Profesional área educación
Marcela Salgado Vargas, Profesional participación ciudadana
Angela Merello Pecchi, Profesional educación patrimonial e ilustración

Diseño de actividades: Carolina Vega Hoebel y Olivia Vergara Parra
Ilustración, diseño y diagramación: Angela Merello Pecchi

Proyecto financiado por el Fondo del Patrimonio Cultural, Concurso regional, en su línea Material didáctico sobre patrimonio cultural para la educación formal y no formal, convocatoria 2024.

Financia:

Colabora:

Indice

1 Explorando la flora de Aysén página 5

2 Insectos de infancia página 7

3 El camino hacia la escuela página 9

4 Datos curiosos sobre la naturaleza página 13

5 Laberinto buscando animales página 17

6 Bajo el agua página 19

7 Sopa de letras página 21

8 Juegos de infancia página 23

9 Objetos de antes y hoy página 27

10 Recuerdos de nuestra niñez página 29

Cuento de Sra Graciela Mancilla Oyarzún

Junio 2025

Una vez al año, la familia toda realizaba un paseo, sólo una vez al año.

Temprano empezaba el ajetreo, y era como que todos habían sido tocados por una varita mágica que distendiendo la comisura de la boca y el entrecejo, hacía sonreír. Cuando estaban listos, se cargaban los bolsos con comida y sobretodo, una damajuana de cinco litros de vino.

Se dirigían entonces hacia el río. Allí había bote y un remero esperando para transportarlos. Los caminos era solo por el río: primero por el río Aysén y luego el bote giraba hacia el río Los Palos, y allí comenzaba otra aventura. El agua se tornaba oscura, de un verde azulado y... al frente, así como al fondo, la montaña nevada enviaba un destello de luz helado que iluminaba el camino.

Las niñas eran todo preguntas, habían salido de su casa gris de madera, gastada por la lluvia y ahora se encontraban en una fiesta de colores. Las manos podían tocar el agua y en la base de los árboles, cerca de las raíces se escuchaban ruidos de ramas y aparecían tímidos pajaritos que se escondían a los gritos de exclamación de ellas.

El remero y los adultos estaban pronto a responder...
-Ese es un chucao
-Ese es una guete
-¿Ese? ¡Ah! ¡Ese es el pitío!
Y otro que tenía un largo trino
Y ese decía: "¿Ha visto a mi tío Agustín?"

Los rayos lucían el tronco de los arrayanes, contrastando el anaranjado de su base con las oscuras hojas de los otros árboles. Algunos de sus troncos estaban retorcidos, como si danzaran entre el agua y la tierra, y extendieran sus brazos en búsqueda del sol.

Al llegar a la casa del campo, era otra fiesta, una fiesta de comida alrededor de un fogón. Habían tortillas cocidas al rescoldo y una olleta negra que colgaba de una cadena, en la cual se cocinaba una gallina.

Todo se servía en torno al fuego mientras la dueña de casa corría ágil a pie descalzo de aquí para allá, con su cara morena llena de risa. Todo era novedoso ese día.

El vino de la chuica se servía en vasos chicos, especialmente a las damas y una bota que corría por el estirado cuello de los hombres. Los niños tenían un rico postre de durazno.

Todo el grupo era una sola alma, una fiesta que celebraba vida, y un día de amistad.

Uso del cuadernillo

En esta sección del cuadernillo encontrarás actividades educativas que te invitan a conocer, explorar y conectar con el territorio de Aysén a través de sus historias, tradiciones y memorias de la infancia de nuestros y nuestras adultas mayores.

Cada actividad ha sido diseñada para acompañarte en un proceso de aprendizaje donde podrás observar, crear, investigar y compartir tus propias experiencias. Para cada desafío encontrarás una lista sencilla de materiales y algunos pasos que te orientarán durante el desarrollo de la actividad.

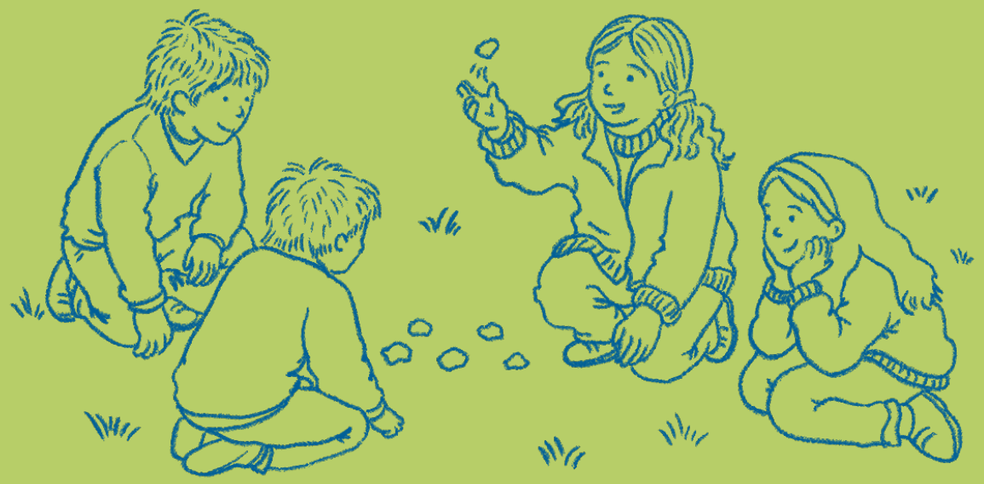
Puedes realizar las actividades en distintos espacios: al aire libre, en tu hogar, en la escuela o junto a tu comunidad. Algunas actividades pueden desarrollarse de manera individual, pero también te invitamos a conversar y trabajar junto a tus compañeros y compañeras, familia o comunidad. Compartir recuerdos, opiniones y preguntas nos ayuda a construir nuevas miradas sobre nuestro territorio.

La duración de cada actividad dependerá de tu propio ritmo de aprendizaje. Ve más allá de las páginas de este cuadernillo: pregunta en tu hogar, conversa con personas mayores, investiga en tu comunidad y comparte tus descubrimientos con tu educadora o educador. Cada relato, recuerdo u objeto puede convertirse en una pieza importante de la memoria colectiva.

Durante el recorrido podrás leer fragmentos de mensajes que adultos de nuestra comunidad han compartido en torno a sus propias experiencias de infancia. Estas historias son una invitación a reconocer que nuestras memorias, juegos, costumbres y formas de vivir también construyen el patrimonio de nuestro territorio.

Te invitamos a mirar tu entorno con curiosidad, reconocer los saberes que existen a tu alrededor y descubrir cómo las pequeñas historias de las personas también forman parte del patrimonio cultural de Aysén.

Dibuja, pinta, crea, pregunta y comparte...



Actividad 1

Explorando la flora de Aysén

"Andar en el campo me permitió admirar la naturaleza. Cruzando cercos de palos, desarrollé la vista y la escucha de las aves. Me gustaban los colores, los tipos de verde de las hojas, de la verde a la amarilla clarita... yo me aprendía los nombres, cantando canciones y saltando charcos".

José Antonio Montiel Montiel

Te invitamos a buscar hojas de diferentes árboles y arbustos nativos de Aysén, observar sus tamaños, formas, sus bordes, nervaduras, y colorear dependiendo de la estación del año. ¡Aprendamos de botánica en Aysén!

¿Qué materiales necesitamos?

Cuaderno u hojas de dibujo
Lápices de colores y de cera
Lápiz de mina 6B o 8B
Regla
Goma de borrar

Pasos a seguir

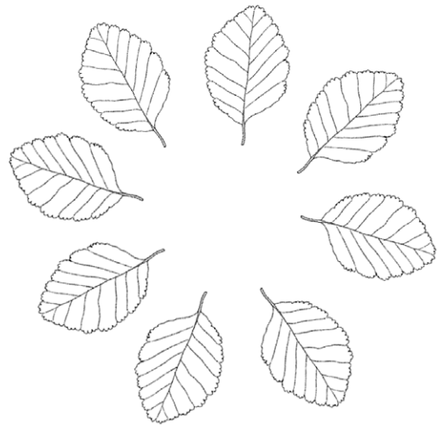
1. Ve a un lugar con plantas nativas como tu patio, una plaza, un área protegida, o algún sector especial del colegio.
2. Busca árboles o arbustos que tengan hojas.
3. Observa las hojas en el suelo, o en las ramas. ¿Cuántas puedes ver?
4. Elige cuatro hojas diferentes.
5. Coloca las hojas recolectadas debajo de una hoja de papel.
6. Pasa suavemente un lápiz mina, lápiz de cera u otro material sobre el papel. Verás que la forma y las líneas de la hoja aparecerán marcadas. ¿Qué diferencias puedes ver entre las hojas?
7. Fíjate en los detalles, como los bordes, las formas y los diferentes tamaños.
8. Utiliza el espacio de abajo para pegar o dibujar las hojas que encontraste.

Sugerencia Puedes buscar hojas de calafate, michay, chilco, coihue, ciruelillo, arrayán, maqui y/o maitén.

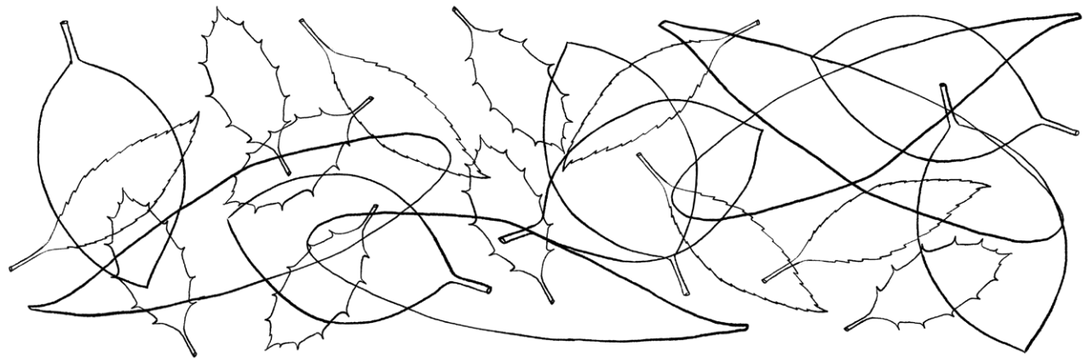
Hoja 1 Hoja 2 Hoja 3 Hoja 4

¿Cuál de estas hojas te gusta más? ¿por qué?

Durante el otoño, te invitamos a observar los colores de las hojas de los árboles caducifolios, es decir, los árboles que pierden sus hojas en invierno. Mira con atención los distintos colores de las hojas y luego pinta los siguientes esquemas usando tonos de verde, amarillo, rojo y café.



A Silvana le han pedido 10 hojas de algunas de las especies que dibujaste para un trabajo del colegio. Silvana encontró hojas de michay, arrayán, chilco y ciruelillo, pero olvidó contarlas y ahora están todas mezcladas ¿Puedes ayudarla a descubrir cuántas hojas de cada especie recolectó?



Michay Chilco Arrayán Ciruelillo

Investiga y reporta

Pregúntale a un adulto de tu casa ¿cuál es su árbol favorito? ¿por qué es su favorito? Luego investiga en qué se parece y en qué se diferencia de tu árbol favorito. Escribe y/o dibuja acá tu respuesta:

Actividad 2

Insectos de infancia

"Nosotros jugábamos con las cantarias... el macho tenía cachitos. Salían por la noche, en la tarde. Había muchas cantarias donde está el hospital de Aysén porque había un parque con un bosquecito de árboles de Lenga. Y entonces ahí se prendían las cantarias, o nacían. Estaba lleno de cantarias cuando antes era puro campo. Mis nietos iban a recolectar cantarias en la tarde, se te pegan de repente. Pero ya no hay. Una que otra encuentran. Yo pienso que deben de haber, pero poquitas. Yo no he visto. Desgraciadamente se perdieron muchos insectos".

María Aumenia Chiguay Ovando

Conozcamos más sobre los insectos nativos de la región y así apoyamos en su cuidado, por ejemplo, la cantaria o *Chiasognathus grantii*, y el abejorro colorado o *Bombus dahlbomii*.

Pasos a seguir

1. Une los puntos siguiendo los números, partiendo por el número 1.
2. Descubre qué insecto está escondido en esta imagen.
3. Cuando termines, responde la pregunta: ¿Es macho o hembra?

¿Qué materiales necesitamos?

Lápiz mina N° 2
Sacapuntas
Goma de borrar
Cuaderno u hojas de dibujo

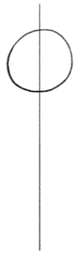
Investiga y reporta

Pregúntale a tu mamá, papá, abuelo, abuela o vecino adulto, si recuerda historias sobre las cantarias y abejorros colorados de cuando era niño o niña. Anota datos interesantes y compártelos con tus compañeros de clases.

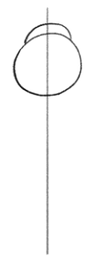
Si deseas conocer más sobre la Cantaria, te invitamos revisar en internet: Vergara OE, Salgado M, Huechán A, Mendoza P, Seguel-Rojas Manquez R, & L Pérez-Barría L (2022) La icónica Cantaria. Guía didáctica. Proyecto FNDR Conservando la icónica Cantaria, Gobierno Regional de Aysén. Instagram: @bichoschilensis

La cantaria o *Chiasognathus grantii* no es el único insecto que ha disminuido en nuestra región. El abejorro colorado o *Bombus dahlbomii* también ha disminuido mucho producto de la introducción del abejorro europeo *Bombus terrestris*. Este abejorro compite por el alimento y además puede transmirle enfermedades. Actualmente el abejorro colorado está en Peligro de Extinción.

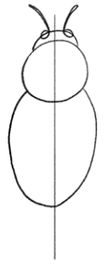
El abejorro colorado tiene un cuerpo peludo de color anaranjado, con cabeza, patas y antenas negras. Es un gran polinizador de flora nativa, ya que ayuda a las plantas a reproducirse. Ahora aprenderás a dibujar el abejorro colorado paso a paso. Primero haremos un boceto, y luego podrás demarcarlo para hacer el dibujo final.



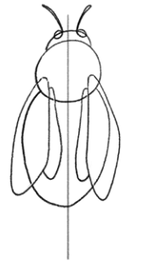
Paso 1
El cuerpo del abejorro es simétrico, es decir, ambos lados son iguales. Dibuja una línea vertical en el centro de la hoja para dividir el dibujo en dos partes iguales. Dibuja un círculo en la parte superior de la línea. Este será la parte superior del cuerpo del abejorro.



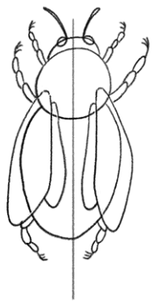
Paso 2
2.1 Sobre el círculo dibuja una medialuna. Esta será la cabeza del abejorro.
2.2 Dibuja dos ojos, uno a cada lado de la línea. Luego añade una antena al lado de cada ojo.



Paso 3
Debajo del cuerpo superior dibuja un óvalo. Este será la parte inferior del cuerpo: el abdomen.



Paso 4
Dibuja dos pares de alas a los lados del cuerpo (entre las dos partes): cada par con un ala grande y una pequeña. Luego borra las líneas del cuerpo que queden dentro de las alas.



Paso 5
Dibuja tres pares de patas a cada lado del cuerpo: un par arriba, otro al centro, y otro abajo. Cada pata puede hacerse con líneas y formas simples.

Detalles finales
Borra las líneas guía y remarca el dibujo final. Agrega líneas suaves en las alas (para mostrar transparencia) y pequeños trazos en el cuerpo (para representar vellos). Pinta el cuerpo anaranjado y la cabeza, antenas y patas negro intenso.

Recuerda Todos los dibujos comienzan con formas simples, como círculos y óvalos. Si al principio no te gusta cómo queda, no te desanimes. Dibuja con calma, practica y explora tu creatividad.

Actividad 3

El camino hacia la escuela

Hace muchos años, el camino de la casa al colegio era parte de toda una aventura. Hace algunos meses personas mayores nos contaron cómo eran sus travesías para llegar a la escuela. Ahora te invitamos a leer algunos de sus relatos e imaginar cómo era la vida en la región de Aysén hace varias décadas.

¿Qué materiales necesitamos?

Lápiz mina N° 2
Sacapuntas
Goma de borrar
Cuaderno u hojas de dibujo

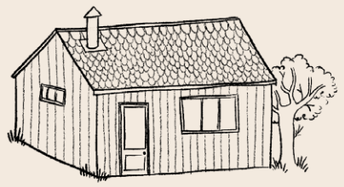
Pasos a seguir

1. Lee con atención los siguientes relatos.
2. Imagina que tú eres la niña o el niño que tiene que ir a la escuela.
3. En el espacio en blanco, dibuja o haz un esquema del camino entre la casa y la escuela.
4. Para ayudarte a imaginar mejor el recorrido, responde estas preguntas: ¿qué obstáculos tuvieron que enfrentar? ¿algún río, lluvia, nieve o barro?
5. Puedes hacer el dibujo o esquema como tú quieras. ¡Usa tu imaginación!

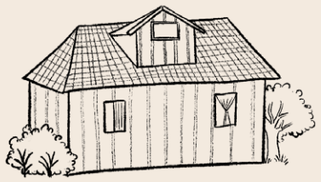
"Yo tenía cinco años y, para poder ir al colegio y estudiar, todos los días debía cruzar el río Simpson en bote, llevando mi bolsón. En ese tiempo, el río tenía una morfología distinta a lo que es hoy. Recuerdo que había un señor, don Daniel, un chilote que trabajaba con mi papá, quien me cruzaba en bote y me dejaba al otro lado del río. Luego caminaba todos los días cerca de cuatro kilómetros por la orilla del río para poder llegar a la escuela del kilómetro 26, establecimiento que ya no existe. Caminaba sola, pero me iba encontrando con vecinas y vecinos que también iban a la escuela. Además de niñas y niños, me acompañaban mariposas a lo largo del camino. A pesar de ir sola, me sentía muy acompañada y protegida".
Ana María Jiménez Almonacid

"Creo que para todos fue difícil estudiar. Por ejemplo, yo caminaba desde Caleta Andrade a Puerto Aguirre, un trayecto de aproximadamente dos horas. En ese tiempo no había alternativas de transporte: no existían vehículos ni pavimento, solo caminos de tierra y barro. Cuando llovía, llegaba al colegio estilando y debía permanecer así durante todo el día, para luego volver a casa. Teníamos apenas un par de zapatos de plástico, que usábamos siempre. Aún así, hice el sacrificio pese a la lluvia y el frío, porque estudiar era importante".
Luisa Llancalahuén Andrade

"Yo estudié en una isla, en Caleta Andrade, y en los primeros años íbamos a la escuela a pata pelá. En el camino había muchas pozas de barro, donde también nos deteníamos a jugar, incluso con una frutita chiquitita. Más adelante había otras pozas de agua que estaban relativamente limpias, y ahí nos lavábamos los pies. Para nosotros, esa agua estaba limpia porque la veíamos clarita. Luego de eso, recién nos poníamos nuestros zapatitos para ir a la escuela. Ese par de zapatos tenía que durarnos todo el año y tenía que servir también para los hermanos. Al llegar de la escuela, nos sacábamos los zapatos y el bolsón".
María Aumenia Chiguay Ovando



"Yo crecí en Los Rápidos, a orillas del río Aysén. Éramos siete hermanos y, para ir al colegio, balseábamos el río en bote y luego caminábamos hasta la escuela N°2, ubicada donde hoy está el liceo Broussain Campino. En ese tiempo había dos escuelas: una de mujeres y otra de hombres. Asistir a clases no era fácil, ya que había que esperar el turno para cruzar en balsa. Con el tiempo, instalaron una balsa en el sector donde hoy se encuentra el puente. A la escuela asistíamos mi hermana menor y yo. Guardo muy buenos recuerdos del río y de la naturaleza que nos rodeaba".
Otilia Muñoz Vidal



Para reflexionar
Muchas personas de aquellas generaciones no avanzaron más en sus estudios por las dificultades para ir y asistir a escuelas, no por falta de capacidades.

"Recuerdo que sufrimos mucho para poder ir a la escuela. Crecimos a pata pelá, con un solo lápiz y un cuaderno que servía para todas las clases y que debía durar bastante tiempo. Con los años, mi mamá nos trajo a Aysén para que pudiéramos estudiar. Nos dejó internados en el kilómetro 20, en el sector de la balsa, porque en ese tiempo todavía no había escuela en Aysén. Allá permanecíamos dos o tres meses sin salir del internado, ya que no existían caminos; solo había una huellita".
Alicia Panichine Marimán

Investiga y reporta En este espacio en blanco, dibuja tu camino de la casa a la escuela.

Actividad grupal
Comparte con tus compañeros y compañeras de clase, ¿cuál es tu parte favorita del camino? Y pregúntales: ¿qué obstáculos tienen que sobrepasar en el trayecto de su casa a la escuela?

Actividad 4

Datos curiosos sobre la naturaleza

"Recuerdo que por toda la calle Sargento Aldea, habían puras cunetas por la orilla y en la entrada de cada casa había un puentecito con 2 o 3 listones de madera, estaba lleno de cunetas por todas partes, porque Aysén se formó prácticamente sobre un mallín. Desde la Tercera Compañía de Bomberos para arriba era pampa, y lo otro para el centro era puro mallín".
Oscar Fontecha Chávez

"Los antiguos conocían las señales de la naturaleza. Lo primero era mirar el Marchant, mi papá me decía: el Marchant se puso el sombrero, va a llover. ¡Y era cierto! Y cuando oscurecía iba a nevar y las nevazones, eran de un metro, a veces medio metro de nieve. Y la gente se subía arriba de las casas para sacar la nieve, para que no se cayera el techo. Era crudo el invierno. Después escarchaba encima de la nieve y quedaba como jabón. La gente ayudaba a los vecinos a sacar la nieve de los techos y a abrir las puertas, porque no se podían abrir".
Pedro Santana Cárcamo

"Antes, cuando bajaban los tordos, era porque no tenían comida arriba en el cerro. Había nevado y entonces podía nevar acá abajo. Bajaban a buscar comida. Ahora se ven más tordos en el patio, pero cae menos nieve, si encuentran comida, ellos vuelven".
Pola Bustamante Bello

"Yo nací en una familia de origen indígena, Huilliches. Entonces, nunca sacabamos más de lo que ocupábamos, porque mi abuelo decía, hay que dejar para los que vienen detrás de nosotros. También hay que dejar a los pájaros algunas frutas silvestres, porque ellos son los dueños".
María Aumenia Chiguay Ovando

Investiga y reporta

Pregúntale a tus abuelos, vecinos o adultos mayores más cercanos, ¿cuáles son los dichos o creencias sobre la naturaleza más populares de tu barrio o ciudad?

Adivina las curiosidades de la naturaleza que conocieron nuestros adultos mayores cuando eran niños y niñas, ¿ya conocías alguno de estos datos?

Pasos a seguir

1. Lee con atención las siguientes frases.
2. Relaciona cada frase con la palabra correcta que explica el dato.
3. Usa las letras que aparecen como pistas.
4. Completa las letras que faltan para descubrir cada palabra.

A veces esta forma de agua es gruesa,
pega fuerte en la cabeza y duele

_ _ _ _ i _

Antes habían muchos de estos insectos,
pero ahora ya no hay

_ _ n _ _ _ i _ _

Antes no la cuidábamos,
no le dábamos importancia
porque había mucha diversidad

_ a _ _ _ a _ _ _ a

¿Qué materiales necesitamos?

Lápiz mina N°2
Sacapuntas
Goma de borrar
Cuaderno u hojas de dibujo

Este grupo de personas
no recolectan más
de lo que van a ocupar,
cuidando el medio ambiente

_ _ i _ _ i _ _ _ _

Se dice que va a llover cuando este
relieve terrestre se “pone el gorro”

_ _ _ _ o _ a _ _ _ a _ _

Antes, las personas subían a los techos
para sacarla de ahí, porque es una forma del agua
y su peso podía derrumbarlos

_ i _ _ _

Aysén fue fundado sobre este ecosistema

_ _ _ _ i _

Estas aves bajan del cerro
cuando no tienen alimento en invierno
y se dice que neva

_ _ r _ _ _

Actividad 5

Laberinto buscando animales

"Llegué al Lago General Carrera cuando tenía cinco años. Mis padres comenzaron a hacer campo y a criar animales, como chanchos y ganado. Los arreábamos por el bosque hasta el lago General Carrera y, de ahí, hacia Sánchez y Puerto Cristal...Yo venía con la tropa hasta Aysén. El viaje podía demorar casi un año, porque era necesario ir parando por uno a dos días en lugares para que los animales descansaran. A los doce años empecé como pilchero. Los pilcheros nos adelantábamos, ya que llevábamos las cosas para comer y debíamos armar el campamento. Más tarde, los demás llegaban a comer...".

José Segundo Cofián González

Hace muchos años no existían grandes carreteras y los animales debían ser trasladados caminando. Este viaje demoraba mucho porque los animales debían llegar en buenas condiciones hasta Puerto Aysén, donde eran embarcados hacia el norte del país. Las personas tenían que caminar lento recorriendo trechos cortos cada día. Los que hacían este trabajo se llamaban arrieros. Entre ellos estaban los pilcheros, que eran los más jóvenes. Ellos debían adelantarse para preparar el campamento y esperar a la tropa con la comida lista.

En la siguiente página conoceremos el oficio de los troperos y las dificultades que enfrentaban antiguamente las personas de la región para desplazarse.

1. Investiga y reporta

Conversa con tus abuelos, abuelas o alguna persona mayor que conozcas. Pregúntales cómo era trasladarse dentro de la región cuando eran niños y niñas.
Puedes preguntarles: ¿cómo eran los caminos? ¿cuánto tiempo demoraban en llegar? ¿qué medios de transporte usaban? ¿qué dificultades enfrentaban durante el viaje?
Luego, escribe o dibuja lo que más te llamó la atención de sus relatos.

2.

Ayuda a la tropa a llegar al sitio de campamento. Allí José los espera con un fogata y comida caliente.

¿Qué materiales necesitamos?
Lápiz grafito
Goma de borrar

Actividad 6

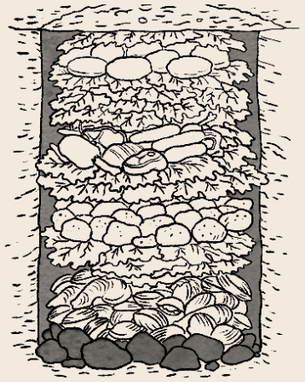
Bajo el agua

"Recuerdo que bajaba a la playa y había de todo: navajuela, almeja, jaiba. Yo vivía en un alto y, más abajo de la casa, estaba el mar y la playa. Entonces bajábamos y sacábamos lo que queríamos: luche, jaiba y muchos peces. A veces invitábamos a otra familia y nos íbamos en bote a la otra isla a hacer un curanto al hoyo. Mi papá buceaba buscando mariscos para preparar el curanto en la isla. Era algo fabuloso. Si hubiese tenido una cámara habría sido increíble, porque yo miraba a mi papá en las aguas claras, con un tiempo bonito y el sol precioso. Él iba caminando por el fondo marino, sacando todos los mariscos que después usaríamos para el curanto en la otra isla. Había tanta comida que siempre teníamos que invitar a otra familia para compartir. Íbamos a una isla que tenía playas enormes, de arena blanca, preciosas… realmente hermosas…".
Luisa Llancalahuén Andrade

1. Investiga y reporta

¿Sabes lo que es un curanto en hoyo? Pregúntale a una persona adulta, ¿cómo se preparaba?, ¿qué ingredientes se usaban? y ¿en qué orden se colocaban dentro del agujero? También puedes preguntar: ¿qué se ponía primero? ¿qué alimentos llevaba? ¿cómo se cocinaba? ¿cuánto tiempo demoraba en cocinarse? Escribe o dibuja aquí lo que descubriste.

2. Observa los siguientes dibujos y elige cual muestra la forma correcta en que se acomodan los alimentos y otros elementos para cocinar un curanto al hoyo. Luego, puedes pintarlo y agregar otros alimentos o elementos que crees que faltan.



3. La señora Luisa vivió en Puerto Aguirre toda su infancia, a orillas del mar. Cuando sentía hambre bajaba a la playa y ella misma sacaba los mariscos que quería comer. Ayuda al papá de Luisa a encontrar los mariscos para el curanto.

Almeja

Navajuela

Choro

Jaiba

Actividad 7

Sopa de letras

"De mi abuelita aprendí el uso de hierbas medicinales. Algunos dicen que no hay que mezclar tantas hierbas, pero yo las mezclo, por ejemplo para el resfriado coloco **laurel** y **eucalipto**, que es lo común que se usa acá, pero le agrego borraja y sauco, un solo hervor y se apaga. Y para el estómago: **hinojo** con **menta** y **paico**, con azúcar quemada. Para preparar eso primero coloco el azúcar, después le pongo carbones encendidos encima, espero que se derrita y le tiro el agüita despacito, al final va la hierba. Mi abuelita usó mucho el boldo para el estómago, pero lo traía de afuera porque acá no hay, tomaba mucho boldo con menta, por ejemplo, que hacía súper bien... Para los dolores de huesos usaba el **romero**, lo dejaba en alcohol, para que soltara todo lo verde y eso se frotaba en las piernas".
José Antonio Montiel Montiel

"Una de mis tías abuelas hacía remedio para la gente, pero ella no trabajaba mucho con la huerta; generalmente iba a recolectar al bosque y yo tenía que acompañarla. Había que levantarse a las 6 de la mañana, antes de que se seque la planta, porque hay que recogerla con rocío incluido... El calafate, decía mi abuela, era bueno porque tenía mucha vitamina C, para que uno no se resfríe mucho ni tampoco se infecte. La hoja de maqui la usaban para bajar la presión, para la gente diabética y sirve también para el pulmón. La tepa sirve para la energía; es antibacteriana".
María Aumenia Chiguay Ovando

Materiales

Lápices de colores

En esta sopa de letras están escondidos los nombres de algunas de las especies que don José y doña María usaban como remedio cuando eran pequeños.

Pasos a seguir

1. Busca y pinta las palabras que corresponden a las especies medicinales que se dan en Aysén.
2. Cuando termines, descubre el mensaje que se forma con las letras que quedaron sin pintar y que nos compartió la señora María Aumenia.

C	U	A	P	A	I	C	O	N	D	O	D	I
O	L	S	N	O	S	C	R	E	O	T	A	M
B	A	I	E	N	C	R	E	O	N	U	E	R
E	U	C	A	L	I	P	T	O	S	T	R	O
O	R	S	C	A	L	I	M	E	N	T	C	M
M	E	N	T	A	O	S	Y	R	E	U	M	E
E	L	B	D	I	L	O	S	E	A	N	L	R
A	N	A	O	T	U	A	R	S	A	L	E	O
Z	A	M	E	R	S	T	F	A	T	O	D	O
L	O	A	Q	U	R	E	N	A	E	C	E	S
I	T	Q	A	M	O	A	S	Y	T	E	P	A
T	O	U	D	O	S	M	J	E	R	E	C	E
M	O	I	S	D	I	S	F	A	R	U	T	A
R	D	E	H	I	N	O	J	O	E	L	L	A

Investiga y reporta

¿Averigüemos cómo la naturaleza ayuda a sanarnos?
Pregúntale a tu mamá, papá, abuela, abuelo, tía, tío o cualquier persona adulta si recuerda haber usado plantas o algas para curar heridas o aliviar dolores.

Actividad 8

Juegos de infancia

"Pasábamos a jugar a la plaza, porque en ese tiempo la plaza no era como ahora. Era pura tierra, jugábamos al trompo, al clavo, a las bochas".
Pedro Santana Cárcamo

"De niño jugaba a la bochita, al clavo y a la escondida. También pasaba por la calle Sargento Aldea con zancos bien altos de cañas de coligüe. Me subía a un cerco y de ahí salía caminando y pasaba tremendas lagunas. Había caña gruesa en todo el camino a Coyhaique, de ahí se sacaba cañas para hacer zancos".
Oscar Fontecha Chávez

"Crecí en una calle muy larga, donde todos los vecinos chicos nos juntábamos. Ellos me llamaban para jugar, a los médicos, a la ambulancia con una carretilla, y simulábamos un accidente con sirena. Otros días jugábamos a la escuela. Íbamos a buscar una banca, bolsones y cuadernos. Y siempre me mandaban a hacer de profesor, yo era siempre el profesor".
Armando Cifuentes Cifuentes

Hace algunos años, niños y niñas se entretenían practicando juegos como "las 5 piedras o payaya' y "el clavo'.

Te invitamos a formar grupos y jugar estos juegos en tu sala de clases o patio de la escuela e intercambiar comentarios: ¿a qué se parecen estos juegos? ¿son difíciles de seguir? ¿los encuentras divertidos?

Aquí te compartimos las reglas de estos dos juegos:

Juego 1: Las 5 piedras o payaya

Este juego consiste en lanzar una piedra al aire mientras recoges las otras antes de que caiga al suelo.

Cómo jugar

Colocan 5 piedras en el suelo.
Toma una piedra y lánzala hacia arriba.
Mientras las piedras estén en el aire, recoge las otras y atrapa la piedra antes que caiga al suelo.

Etapas del juego

Primera ronda: Lanza la piedra al aire, recoge una del suelo, atrapa la piedra que lanzaste, repetir hasta levantar las 4.
Segunda ronda: Lanza una piedra al aire, recoge dos del suelo a la vez.
Tercera ronda: Lanza una piedra al aire, recoge tres piedras de una vez, y luego la última.
Cuarta ronda (La Escoba o Cueva): Lanza una piedra al aire y esconde las 4 restantes bajo tu otra mano, formando una cueva. Vuelve a lanzar una piedra al aire y recoge rápidamente las 4 piedras escondidas.

Reglas

Si una piedra cae al suelo, pierdes tu turno. Luego juega la siguiente persona.
Gana quien complete todas las etapas con éxito. Te compartimos un video para aprender más: https://www.youtube.com/watch?v=t9Rc3ri0c0Y

Juego 2: El Clavo

Las reglas del juego podían cambiar un poco según el sector o la familia, pero generalmente se jugaba así:

Cómo jugar

1. Marca un círculo en la tierra.
2. Todos los y las jugadoras ponen sus clavos dentro.
3. Por turnos, lanza el picador, que es un clavo de mayor tamaño que los demás, con el objetivo de golpear a los otros clavos y sacarlos del círculo. Si lo logra repite el turno, si no lo logra le toca al compañero o compañera.
4. Gana quien logra quedarse con la mayor cántidad de clavos (el picador no se apuesta, nunca se deja en el suelo por eso nadie se lo puede ganar).

Variaciones En algunos lugares bastaba con tocar los clavos para quedarse con el clavo, mientras que en otros, estos clavos debían de salir del círculo.

Ahora forma grupos en tu colegio y selecciona dos o tres juegos de los que explicamos a continuación. Averigua más sobre estos y diviértete jugando.

Juego 1: Canicas o bolitas

Existen muchas formas de jugar este juego, y varios tamaños y colores de canicas. El juego consiste en lanzar una bolita para chocar con una bolita de otro jugador o jugadora. Si logras tocarla, te quedas con la bolita.

Juego 2: Luche

Para jugar ál luche, primero se dibujan casillas en el suelo con una tiza o un palito. Después cada jugador o jugadora lanza una piedra y debe avanzar saltando en un pie, sin pisar la casilla donde está la piedra.

Juego 3: Tirar la cuerda

Este juego necesita resistencia física y coordinación. Los equipos tienen igual número de participantes y deben tirar una cuerda a su lado para intentar ganar.

Juego 4: Trompo

El trompo es un objeto de madera que se hace girar sobre el suelo usando una cuerda. El desafío es hacerlo girar por el mayor tiempo posible. Pregunta a algún adulto ¿cúal es su técnica preferida?

Juego 5: Tirarse en tabla de nieve

Este juego consiste en usar una tabla de madera vieja de la casa o restos de árboles en la naturaleza para deslizarse por el cerro sobre la nieve.

Juego 6: La escondida

En este juego, una persona busca mientras que los otros se esconden. El objetivo es no ser encontrado.

Juego 7: Zancos

Para jugar se utilizaban varillas de coligüe para caminar elevados sobre el suelo.

Investiga y reporta

Nuestros y nuestras adultos mayores nos contaron de otros juegos que también se practicaban cuando eran niños y niñas. Pregúntale a alguien de tu vecindario si ha jugado estos juegos y si te comentan algunas variaciones en las instrucciones. ¿Existen otros juegos que no son nombrados en esta sección?

Actividad 9

Objetos de antes y de hoy

Descubriendo los cambios en la vida cotidiana

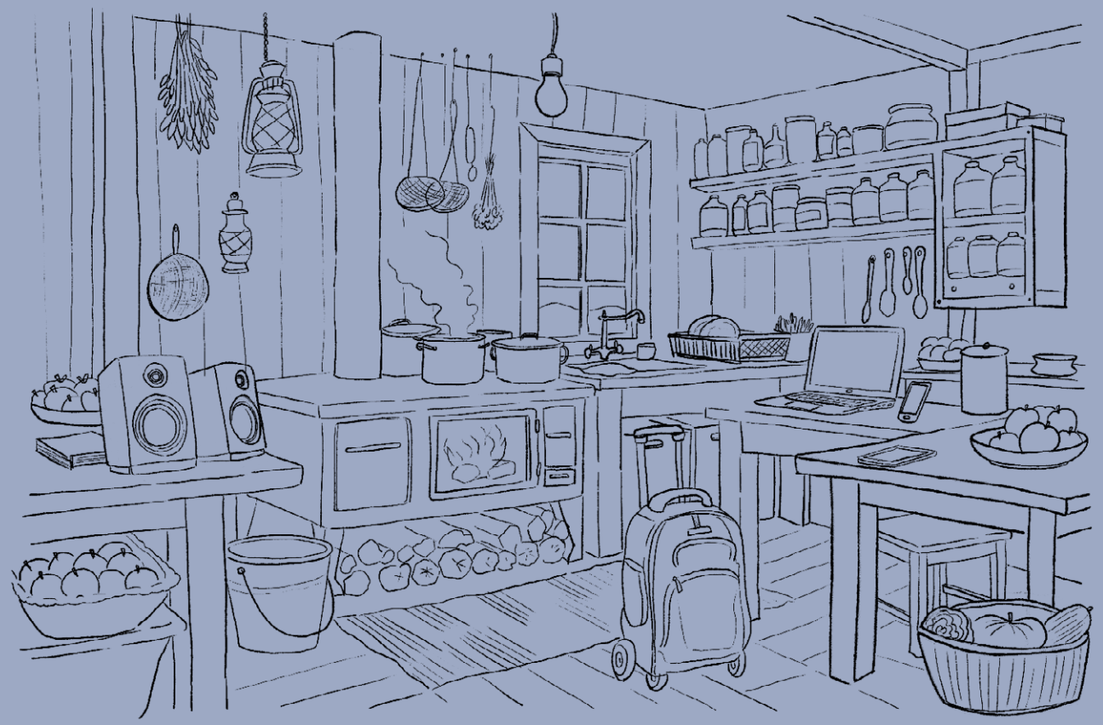
“Cuando era niño, mis viejos me llevaban a ver la llegada de los barcos. Me acuerdo que, cuando bajaban los pasajeros, estaba la banda de Carabineros tocando. Era todo un acontecimiento. Donde hoy está el antiguo hospital, antes estaba la rampla. Ahí se vendían mariscos: cholgas, almejas, choritos, erizos, picorocos y jaibas. Era un lugar con mucho movimiento. Después pasábamos a jugar a la plaza. En ese tiempo no era como ahora, era pura tierra”.
Pedro Santana Cárcamo

¿Alguna vez te has preguntado cómo era la vida cuando tus abuelos y abuelas eran niños o niñas? Muchos de los utensilios e instrumentos que hoy usamos todos los días, antes no existían. La vida era muy distinta: las personas tenían otras formas de organizarse, algunas veces jugaban y resolvían sus necesidades con creatividad y esfuerzo.

En esta actividad te invitamos a observar con atención tu entorno y reflexionar cómo han cambiado las cosas con el paso del tiempo.

Pasos a seguir

1. Observa el dibujo e Identifica cuáles de los elementos que ves en la imagen no existían en la época de tus abuelos o abuelas.
2. Marca, encierra o colorea aquellos que creas que son más recientes.
3. Elige dos o tres elementos y responde: ¿cómo crees que las personas resolvían esa necesidad antes? ¿qué usaban en lugar de ese objeto?



Investiga & reporta

Conversa con una persona mayor, abuelo, abuela, vecino, vecina, familiar y pregúntale:
¿Qué objetos de hoy, no existían en su infancia?
¿Cuál cree que ha sido el cambio más grande en la vida cotidiana?
Dibuja uno de esos cambios. Puedes representar el “antes’ y el “ahora’.

Antes todos tenían un huerto en casa porque los sitios eran grandes. Se daban las papas, las betarragas, la lechuga, el cilantro, y los nabos. A los niños nos tocaba "despastar". Hoy tengo un pedacito de patio donde pongo algo siempre.
Rosa Cayún Cayún

Yo nací en Cobquecura, en un pueblo pequeño. Siempre digo que Cobquecura es como Aysén, por eso siento una conexión muy especial entre los dos lugares. Son mis dos amores, los que llevo en el corazón. A veces siento que estoy dividida. Cuando llegué acá con mi hermana me encontré con lo mismo: la naturaleza, la tranquilidad y el respeto por el lugar. De niña recuerdo el mar por las mañana, la brisa marina. Era como respirar con ese aire húmedo, como si saliera un humo o un rocío del mar. También recuerdo ese olor característico y la ola cuando se recogía; de pronto nacía una brisa que te mojaba la cara. Son recuerdos que todavía llevo muy vivos.
Margot Tapia Aparicio

En ese tiempo tuvimos que vivir del queso y los frutos que recolectábamos. Yo era la vendedora de la familia. A mis hermanos que eran chiquititos, de 11 o 12 años, les tocaba salir a pescar. Mi papá semi ahumaba los pescados y yo se lo vendía a los doctores. En ese tiempo había mucha abundancia, y un gran sentido de compartir en familia. La mosqueta me provoca un sentimiento muy profundo y de mucha satisfacción, porque me recuerda esa etapa de la vida: fueron años de muchos sacrificios, pero también de una vida muy tranquila. Había que salir a recolectar las mosquetas. En las noches las limpiábamos, después las cocíamos, las exprimíamos y yo las vendía. Era un trabajo que hacíamos entre toda la familia. Están el fruto del chilco, que nosotros conocemos como chanchito; el fruto del arrayán; el cauchao que es el fruto de la luma; y el calafate.
Lutgarda López Cadagán

Recuerdos de nuestra niñez

Recuerdo mucho los paseos. Era una instancia muy bonita, porque los fines de semana aprovechábamos de salir a disfrutar. Y, por supuesto, siempre había cosas ricas que comer. Íbamos caminando y cada uno tenía que llevar algo; todos cooperábamos. Con mis primos y mi hermana jugábamos a la escondida, corríamos y lo pasábamos realmente muy bien. Yo también jugué mucho al luche. Usábamos la cajita donde venía el betún para los zapatos; la llenábamos con tierra y con eso armábamos el juego. Lo que más extraño de Aysén son las bandadas de pajaritos. Era algo hermoso. Parecía que todos iban cantando mientras pasaban y, de tantos que eran como que oscurecían el cielo. Pasaban muchos, muchos choroyes... Eso ya no se ve.
Sonia Delgado Briones

Los recuerdos que tengo son con los animales. Me entretenía con los perros, los gatos, las gallinas, los chanchos, y los caballos; había de todo. También me gustaba salir a pescar. Me acuerdo que una vez dejé un anzuelo armado con una lienza y, al otro día, cuando fui a buscarlo, había un tremendo pescado. Qué pescado era, no sé, pero me acuerdo que era muy bonito.
Isaías Olave Zapata

Yo nací en Temuco. Me crié en un fundo, donde mi mamá tenía que levantarse a ordeñar las vacas como a las seis de la mañana. En total eran unas 70 vacas, pero a ella le tocaban ordeñar 12. Yo crecí ayudándola. Tenía como 12 años y me tocaba tirar y manear los terneros para que las vacas pudieran ser ordeñadas. Así fue como me crié, trabajando desde chico y aprendiendo las labores del campo.
Ismael Delgado Venegas

Respuestas Actividad 7: Sopa de Letras (página 21 y 22)

- Palco
- Laurel
- Eucalipto
- Menta
- Hinojo
- Tepa
- Romero

Conectando y curioseando con los imaginarios de Aysén, 2026

Proyecto financiado por el Fondo del Patrimonio Cultural, Concurso regional, en su línea Material didáctico sobre patrimonio cultural para la educación formal y no formal, convocatoria 2024.